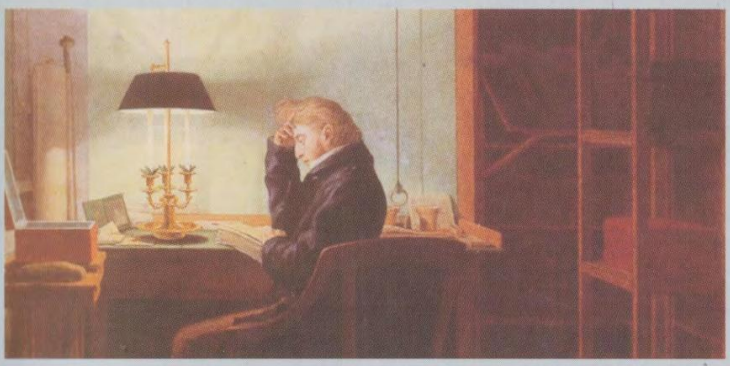
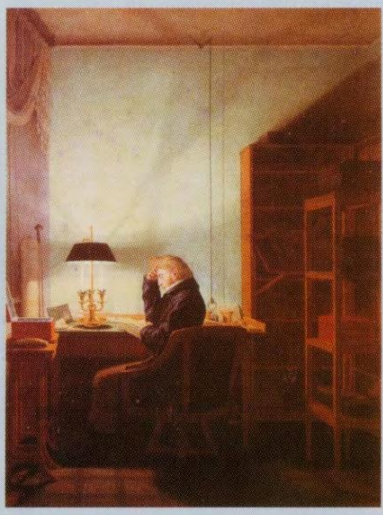


La época presente

Søren Kierkegaard

EDITORIAL UNIVERSITARIA

EL SABER Y LA CULTURA



CUBIERTA
Georg Friedrich Kersting.
Joven leyendo a la luz de una lámpara,
1814 (detalle).
Óleo sobre lienzo, 47,5 x 37 cm,
Winterthur, Fundación Oskar Reinhart.

La época presente

EL SABER Y LA CULTURA

Título original en danés: En Literarair Anmeldelse.
© 2001, MANFRED SVENSSON HAGVALL.
Inscripción Nº 122.303, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
María Luisa Santander 0447. Fax 56-2-2099455
Santiago de Chile.

www.universitaria.cl

ISBN 956–11–1583-2

Texto compuesto en tipografía *Palatino 10/13*

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN
de 1.000 ejemplares,
en los talleres de Gráfica Andros Ltda.,
Santa Elena 1955, Santiago de Chile,
en noviembre de 2001.

DISEÑO
Jorge Flores P.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Søren Kierkegaard

La época presente

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Frecuentemente me molesta el hecho de que yo, con todas mis capacidades, siempre deba quedar a un lado como algo superfluo y como una poco práctica exageración. Pero la cuestión es muy simple. Las condiciones están lejos de ser suficientemente confusas como para que se haga un uso adecuado de mí... Pero todo acabará, como podrán ver, con las condiciones volviéndose tan desesperadas que tendrán que hacer uso de gente desesperada como yo y mi especie.

SØREN KIERKEGAARD, Papirer

La primera crítica acabada de su sociedad, distinguiéndose por su seriedad de todas las precedentes, fue traída por Kierkegaard. Su crítica es la primera que oímos como una crítica también para nuestro tiempo; es como si hubiese sido escrita ayer

KARL JASPERS, Die Geistige Situation der Zeit

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

I. Introducción histórica 11
II. La recepción de "La época presente" 20
III. Estructura de la obra 27
IV. "La época presente" y nuestra época 29
V. Características de la presente traducción 34

LA ÉPOCA PRESENTE 39

INTRODUCCIÓN

I. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

El texto cuya primera traducción a la lengua hispana entregamos a continuación fue publicado por Søren Kierkegaard el 30 de Marzo de 1846, como parte de una obra algo más extensa. "La Época Presente" (Nutiden) es la tercera parte de una obra titulada "Una Recensión Literaria" (En Literair Anmeldelse). La obra era una recensión de la novela "Dos Épocas" (To Tidsaldre), escrita por Thomasine Gyllembourg, pero publicada anónimamente por su hijo Johan Ludwig Heiberg, la figura literaria dominante del momento en Dinamarca, además de ser el hombre que introdujo a Hegel en el país. Kierkegaard había admirado por largo tiempo los escritos de Gyllembourg y en obras anteriores ya había hecho alusiones a su obra "Una Historia de la Vida Diaria" (En Hverdags-Historie), sobre la que también volverá en esta recensión. Esto explicará al lector referencias a "la novela", o a determinados personajes. Kierkegaard creía, como el resto de los daneses, que el autor de las novelas era un hombre, lo que explica que se refiera a "el autor".

"Dos Épocas" compara la generación de fines del siglo XVIII con la de 1840. No es una novela política, pero sí pretende mostrar el efecto que la política ha tenido sobre la vida cotidiana. Kierkegaard comienza a escribir una recensión de dicha novela en Octubre de 1845, mes en que

la novela había aparecido, pero deja el trabajo de lado para finalizar su monumental "Postscriptum", el que es entregado a imprenta en Diciembre de 1845. Tras esto continuará con su recensión, la que acabó siendo casi del mismo tamaño que la novela, siendo publicada como un libro.

Se trata de una pieza clave en la producción de Kierkegaard. El título de su obra anterior, "Postscriptum Definitivo y No Científico a las Migajas Filosóficas", es un fiel reflejo del deseo que tenía de poner fin a su producción literaria. Esto se encuentra vinculado a su deseo de convertirse en pastor dentro de la Iglesia Danesa, intención de la que da testimonio durante años en su diario de vida. Mediante esta recensión encontró un camino inicial para seguir escribiendo sin ser propiamente un autor. Pero finalmente esta obra significó el paso hacia obras decididamente religiosas, como son las que publicó desde esta fecha hasta su muerte en 1855. De modo que el paso desde la producción estética y filosófica a la religiosa se vio marcado por una recensión literaria, cuya parte más importante, "La Época Presente", es un fragmento de fuerte crítica cultural y política[1].

Existe otro hecho histórico que desempeña un importante papel en la gestación de esta obra: la batalla de Kierkegaard con *El Corsario*. Se trata de un periódico satírico liberal, temido por la mayoría de los círculos

[1] *Cf.* Plekon, Michael "Towards Apocalypse: Kierkegaard's Two Ages in Golden Age Denmark" en *Two Ages: The Present Age and the Age of Revolution, a Literary* Review, vol.14, International Kierkegaard Commentary, ed. Robert L. Perkins (Mercer University Press, Macon, 1984). págs. 50-52.

sociales, pero leído también por la mayoría de ellos. Su editor era Meïr Goldschmidt y el principal colaborador P. L. Møller. Este colaborador publicó en su revista literaria *Gaea* una recensión de "Las Etapas en el Camino de la Vida", de Kierkegaard. Esta no fue del agrado de Kierkegaard, quien a modo de venganza publicó en el periódico Fædrelandet un artículo en el que hacía pública la relación de P. L. Møller con *El Corsario*, la que hasta el momento había sido mantenida en secreto. El 23 de Enero de 1846 comenzaron las réplicas de la revista a Kierkegaard, en la que durante meses fue ridiculizado tanto mediante artículos como a través de caricaturas. Kierkegaard, a pesar de cargar con parte de la culpa por el ataque, sintió lo que era ser víctima de la prensa en cuanto medio de comunicación de masas y logró además aparecer ante la posteridad como un hombre martirizado por *El Corsario*. Tanto Goldschmidt como Møller, quienes aparentemente habían ganado la batalla, dejaron avergonzados el país, el segundo en forma definitiva. Como consecuencia de esta experiencia, encontraremos en "La Época Presente" agudas críticas al papel que la prensa desempeña en las sociedades contemporáneas.

Un asunto más difícil de determinar es a quién van dirigidas específicamente las críticas de la obra. La primera mitad del siglo XIX constituye la época de oro de la cultura danesa, la que se compone de dos generaciones. La primera, de inspiración romántica schellingiana, tiene por principales figuras a Oehlenschläger en la literatura y a Mynster en la religión, si bien el mismo Mynster no puede ser calificado de schellingiano, sino que representa más bien una típica interpretación ilustrada del cristianismo, junto con una marcada piedad personal. La segunda

generación, de origen hegeliano, cuenta con Heiberg en la literatura y Martensen en la teología. En forma paralela a estas dos generaciones se desarrollan dos corrientes alternativas. La primera es el liberalismo representado en un primer momento por Orla Lehmann y más tarde por H. N. Clausen. La segunda alternativa es el movimiento de Grundtvig que propicia una suerte de cultura nacional popular al servicio de la religión[2], movimiento que contaba entre sus filas a Peter Kierkegaard, hermano mayor de Søren.

El elemento común a todos éstos, excluyendo a las corrientes menores, es el rechazo del liberalismo y, consiguientemente, de la democracia, sin por ello tener un gobierno fuerte basado en el poder militar o los terratenientes, sino que permitiendo que el carácter jerárquico de la sociedad se manifestara en el orden del buen gusto literario y el cultivo de la filosofía alemana. En el rechazo del liberalismo Kierkegaard los acompaña, pero no comparte el que la cultura sea el signo de la distinción, manteniéndose para efectos del orden social apegado en forma simple al absolutismo. En el lugar elevado que los demás han colocado la cultura, él coloca la religión, pero considerando que es lo más elevado precisamente por ser aquéllo que todos pueden alcanzar y no por ser un signo de distinción. De este modo se aparta de la admiración romántica hacia el genio, hacia los espíritus selectos, propia de todos sus contemporá-

[2] Un estudio acabado de las relaciones de Kierkegaard con cada uno de estos autores se encuentra en Kirmmse, Bruce. *Kierkegaard in Golden Age Denmark* (Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 1990).

neos cultos. Con el correr de los años interpelará cada vez en forma más reiterada al "hombre común", y el estilo de sus obras se volverá cada vez más llano.

Las anteriores diferencias respecto a la élite intelectual danesa explican por qué, excepto Oehlenschläger, todos los demás recibieron en algún momento ataques de parte de Kierkegaard. Es cierto que Clausen mismo no recibió ningún ataque en forma directa, pero el liberalismo que representaba ya había sido rechazado por Kierkegaard a través de artículos de prensa en contra de Orla Lehmann en sus años de estudiante. El ataque más decisivo y directo es desde luego el realizado su último año de vida en contra de Martensen y la memoria del difunto Mynster, ambos arzobispos de la Iglesia Danesa; pero no habían sido menores las discrepancias que tenía con Heiberg, si bien habían sido manifestadas mediante el indirecto recurso de la ironía. En cuanto a Grundtvig, su insistente vinculación del cristianismo con la tradición danesa, llevó a Kierkegaard a considerar que su movimiento religioso era en realidad una suerte de vuelta al judaísmo, una pérdida del carácter universal del cristianismo. La militancia de su hermano Peter en las filas de Grundtvig tampoco contribuía a aumentar su simpatía hacia éste. Así parece que todo este grupo recibía, por algún motivo u otro, la reprobación de Kierkegaard.

Sin embargo, hay que tener en mente que la mayor parte de las críticas contenidas en "La Época Presente" no se dirigen en forma directa a la élite, sino que a la emergente sociedad de masas. Ahora bien, lo que parece explicar esto es que aparentemente Kierkegaard veía un vínculo muy estrecho entre la actitud de la élite danesa y la perdida de individualidad en el hombre común. Acaso

se pueda iluminar algo la cuestión revisando la posición política de Kierkegaard.

Ciertamente este tema no cuenta entre los más tratados por los estudiosos de Kierkegaard, pero los últimos años han visto aparecer algunos títulos importantes al respecto. Por lo demás debe tenerse presente que "La Época Presente" no es el único texto de carácter político escrito por Kierkegaard. Si este texto ya es desconocido, mucho menos se conoce que sus primeras apariciones públicas son actuando en la prensa y en una convención estudiantil en contra de los liberales –Orla Lehmann– y de la emancipación de la mujer.

Existe una corriente conservadora de académicos, representada por autores como Lowrie y Malantschuk[3], la que, basándose fundamentalmente en "La Época Presente", resalta el Kierkegaard crítico de la sociedad de masas, del desmantelamiento de valores tradicionales, de las posibilidades totalitarias de la democracia y el socialismo, etc. Dichos estudios, distinguidos por su fidelidad al espíritu kierkegaardiano y a su carácter religioso, han caído, sin embargo, en un cierto desprestigio con motivo de la aparición de estudios apoyados en una mayor sofisticación hermenéutica y más amplia consideración de las circunstancias históricas. Un buen ejemplo de esto último es la obra "Kierkegaard in Golden Age Denmark", de Bruce Kirmmse.

El prestigio de la investigación histórica de Kirmmse ha llevado a que sus tesis respecto al pensamiento político

[3] Malantschuk, Gregor *The Controversial Kierkegaard* (Wilfrid Laurier University Press, Waterloo, Ontario, 1980).

de Kierkegaard sean ampliamente aceptadas. De acuerdo a Kirmmse, Kierkegaard sostendría en lo fundamental las posiciones del liberalismo clásico[4], y sus críticas al liberalismo de Lehmann tendrían su origen en la falta de carácter de este último, no en diferencias fundamentales. Ante los acontecimientos que sacuden la década de 1840, Kierkegaard habría llegado a considerar que lo que debía ser salvado a toda costa es la relación del individuo con Dios, manteniendo una posición agnóstica respecto a la organización de la sociedad, la que sólo tendría por finalidad el alcanzar el máximo bienestar material.

El elemento que más insistentemente repite Kirmmse es el cada vez más fuerte llamado de Kierkegaard, durante sus últimos años, a separar Iglesia y Estado. Si bien esto es efectivo, y se corresponde perfectamente con la política liberal, Kirmmse no se detiene a reflexionar sobre los motivos de Kierkegaard para exigir esto. La exigencia de Kierkegaard no tiene por objetivo el mantener al Estado alejado de la influencia de la Iglesia, como es el caso del liberalismo que busca un Estado secular, "neutro" en materia religiosa y valórica. Por el contrario, la motivación de Kierkegaard es mantener a la Iglesia alejada del Estado, ya que considera que es ésta la que se está secularizando con dicha unión. Los sacerdotes pagados por el Estado, siendo parte de los espíritus selectos que dominaban la vida nacional, parecían a los ojos de Kierkegaard un ejemplo de Iglesia triunfante, pero no militante. De modo que si bien en este aspecto entre Kierkegaard y el liberalismo habría un objetivo común, ello obedece a

[4] *Ibid.*, págs. 405-486.

razones doctrinales muy diferentes y malamente permitiría clasificar a Kierkegaard bajo el rótulo de liberal.

Uno de los estudios más equilibrados sobre el tema pertenece a Michael Plekon, quien, prestando atención a ambas corrientes de interpretación, ha mostrado que si bien las posiciones políticas de Kierkegaard serían en casi todo orden conservadoras, se alejan –tanto por cuestión doctrinal como por cuestión de carácter– del conservadurismo de sus contemporáneos. Entre otras cosas, Plekon ha llamado la atención sobre críticas sociales escritas por contemporáneos de Kierkegaard (entre ellos Heiberg), que en mucho se asemejan a las suyas. Pero el fundamento filosófico sobre el cual descansaban parece haber vuelto a Kierkegaard indiferente ante ellas. Sus críticas a la élite danesa, su rechazo a la fundamentación hegeliana de su orden político, etc., no permiten clasificarlo como un conservador "ortodoxo" u de la corriente principal del conservadurismo danés[5].

En un pasaje de "La Enfermedad Mortal", obra escrita por Kierkegaard durante la revolución de 1848, podemos encontrar una confirmación de esta interpretación según la cual Kierkegaard, siendo conservador en materia política, no sólo sería crítico de la naciente masificación, sino que vería a muchos de los conservadores como culpables de ello, particularmente a teólogos hegelianos y literatos panteístas: "la desgracia fundamental de la cristiandad [...] es que la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre ha quedado suplantada de una manera panteísta, primero

[5] Plekon, Michael. *Op. cit.* págs. 41-50.

por la aristocracia especulativa, después por la plebe en las calles y en las callejuelas. [...] Si se empieza por permitir a los hombres que se agrupen precipitadamente en ésa que ya Aristóteles llamó <categoría animal>, es decir, en multitud, entonces no tardará mucho tiempo en considerarse esta abstracción enorme –que en realidad es menos que nada, menos que el más insignificante de los individuos– como algo muy grande..., y a renglón seguido se la divinizará. Y así las cosas, en seguida se incorporará esa abstracción divinizada, filosóficamente, a la doctrina del Dios-hombre. De la misma manera que en la vida política se nos ha enseñado que las masas se impongan al rey y los periódicos al Consejo de Ministros, así también se ha descubierto que la *summa summarum* de todos los hombres se imponga a Dios. A esto se le llama ahora la doctrina del Dios-hombre, o la doctrina de que Dios y el hombre son *idem per idem*. Claro que más de un filósofo, entre los que propagaron esta doctrina del predominio de las generaciones sobre los individuos, se ha visto precisado a volver la espalda, no sin cierto asco, al ver que su doctrina había caído tan hondo que terminaba por divinizar a la plebe, identificándola con el Dios-hombre. Pero estos filósofos olvidan que al fin de cuentas ésta es su doctrina, y no tienen ojos para ver que no era más verdadera cuando la hicieron suya los distinguidos de la sociedad, es decir, cuando la flor de la aristocracia o un grupo muy selecto de filósofos estimaron que ellos mismos eran *la encarnación*"[6].

[6] *Sygdommen til Døden*, pág 166-167. Cf. nota 22 para referencia. Versión castellana en *La Enfermedad Mortal* trad. Demetrio Rivero (Sarpe, Madrid,1984) págs. 172-175.

En efecto, en "La Época Presente" el lector podrá apreciar que las críticas no van dirigidas contra un determinado grupo político ni clase social, sino contra consecuencias de la modernidad que a esas alturas ya se extendían a toda la sociedad.

Hay otro sentido en el que "La Época Presente" también resulta una obra de transición dentro del *corpus* kierkegaardiano. Su producción anterior, el grueso de la cual corresponde a obras escritas bajo pseudónimo, puede ser vista como una crítica a la modernidad desde diversas posturas excéntricas -las de los respectivos pseudónimos. Luego encontramos en "La Época Presente" una crítica a la modernidad desarrollada en los términos que el mismo Kierkegaard suscribe, dejando ya de lado la barrera de los pseudónimos. Finalmente, en el ataque a la Iglesia Danesa a través de la prensa, la crítica a la modernidad se desarrolla en los términos de la modernidad misma –los de la propaganda.

II. LA RECEPCIÓN DE "LA ÉPOCA PRESENTE"

Andrew Hamilton, un viajero escocés que residía en Dinamarca alrededor de 1850, escribe sobre Kierkegaard en su libro de viaje: "No existe escritor danés que escriba con mayor seriedad, pero tampoco hay alguno en cuyo camino se encuentren tantos obstáculos impidiendo que llegue a ser popular"[7]. Esta circunstancia ha tenido un significado especial para la historia de la transmisión de "La Época

[7] Citado en Kirmmse, Bruce. *Encounters with Kierkegaard, A Life as seen by his Contemporaries* (Princeton University Press, Princeton, 1996). pág. 95.

Presente". El hecho de figurar como parte de una recensión literaria le significó de partida el no recibir recensión de parte de contemporáneo alguno y, aparte de una carta de agradecimiento de parte de Heiberg, no existen testimonios que indiquen el interés de algún contemporáneo.

En el siglo XX la suerte de la obra es distinta. No se encuentra ni remotamente entre las obras más difundidas o traducidas, y pocos la conocen por su nombre; sin embargo, ha contado con lectores eminentes, difundiéndose así su contenido de manera indirecta. El paso clave para el comienzo de su difusión es la primera traducción a la lengua alemana.

La traducción fue hecha por Theodor Haecker, con el título "Kritik der Gegenwart", y fue publicada en 1914 por la revista *Der Brenner*. Haecker había asistido a las clases de Max Scheler, cuyas críticas a Nietzsche lo habían convencido de que los escritos de Kierkegaard debían constituir un equivalente cristiano a las críticas que Nietzsche levantara contra la burguesía. Esto lo llevó a publicar varias traducciones de Kierkegaard en *Der Brenner*, así como la obra "Søren Kierkegaard y la Filosofía de la Interioridad" (Søren Kierkegaard und die Philosophie der Innerlichkeit).

Entre los objetivos que se había propuesto Haecker con sus traducciones de Kierkegaard, los cuales coincidían con los de *Der Brenner*, los más importantes son "una batalla contra el <liberalismo falto de espíritu>, un asalto a la corrupción de la prensa y una campaña contra un esteticismo sin raíces"[8]. A las

[8] Janik, Allan. "Haecker, Kierkegaard and the Early Brenner: A Contribution to the History of the Reception of Two Ages in the German-speaking World" en *Two Ages*... pág. 207.

traducciones de Kierkegaard acompañaban otras del Cardenal Newman y de Virgilio.

Der Brenner contaba con un distinguido círculo de suscriptores. Es en sus páginas que Jaspers, Wittgenstein, Heidegger, Husserl y otros, habrían llegado a conocer a Kierkegaard. El caso de Jaspers es el único en el que no consta que haya leído la traducción de Haecker; sin embargo, su obra "La Situación Espiritual de Nuestro Tiempo" (Die Geistige Situation der Zeit), de 1931, se encuentra notoriamente influida por "La Época Presente". En sus páginas preliminares escribe: "La primera crítica acabada de su sociedad, distinguiéndose por su seriedad de todas las precedentes, fue traída por Kierkegaard. Su crítica es la primera que oímos como una crítica también para nuestro tiempo; es como si hubiese sido escrita ayer"[9].

En el caso de Husserl el principal testimonio de una influencia se encuentra en la correspondencia de uno de sus alumnos con Ficker, el editor de *Der Brenner*. En ésta el alumno de Husserl informa que éste lee con agrado la revista y que le ha llamado particularmente la atención el estudio de Haecker que acompaña su traducción de "La Época Presente"[10]. De modo que hay evidencia como para suponer que Kierkegaard ha influenciado su tratamiento de la crisis de la ciencia occidental.

Una de las influencias más relevantes es la ejercida por Kierkegaard sobre Heidegger, si bien éste parece reacio a

[9] Jaspers, Karl. *Die Geistige Situation der Zeit* (de Gruyter, Berlin, 1999) pág. 12.

[10] Janik, Allan. *Op. cit.*, pág. 221.

admitirla. Estudios serios sobre esta influencia, que abarquen más que algunos lugares comunes en torno a "El Concepto de la Angustia", sólo han sido escritos los últimos años[11]. Si bien Heidegger ha escrito que no otorga mucha importancia a la producción filosófica y estética de Kierkegaard, exceptuando "El Concepto de la Angustia", sino sólo a sus Discursos Edificantes, los últimos estudios muestran que uno de los textos que más ha influido sobre Heidegger es precisamente "La Época Presente", sin que Heidegger mencione siquiera una vez la obra. Las nociones de "habladuría", "curiosidad", "ambigüedad"[12], etc., tal como las trata Heidegger, tienen un claro precedente en la obra de Kierkegaard.

Otro autor que tempranamente comprendió la relevancia de esta obra fue el discípulo de Husserl, Karl Löwith. En su obra "De Hegel a Nietzsche: la Quiebra Revolucionaria del Pensamiento en el siglo XIX. Marx y Kierkegaard" (1939), "La Época Presente", que también ha estudiado en traducción de Haecker, es considerada la principal de las obras kierkegaardianas para comprender la historia del espíritu en el siglo XIX. Löwith compara "La Época Presente" con el Manifiesto Comunista como dos grandes hitos en la destrucción del cristianismo burgués

[11] *Cf.* Hoberman, John. "Kierkegaard's Two Ages and Heidegger's Critique of Modernity" en *Two Ages*... págs. 223-258; y Huntigton, Patricia. "Heidegger's Reading of Kierkegaard Revisited: From Ontological Abstraction to Ethical Concretion" en *Kierkegaard in Post/Modernity* eds. Matu tík, Martin y Westphal, Merold (Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 1995) págs. 43-65.

[12] *Cf.* Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo* (Editorial Universitaria, Santiago,1998) págs. 190-202.

cuya versión especulativa correspondía a Hegel: "Por tanto, el poder de la época condujo a Kierkegaard, no obstante su polémica contra el proceso de Hegel, a una especulación histórico-mundial y a un manifiesto anticomunista, opuesto al de Marx"[13]. "Poco antes de la revolución de 1848, Marx y Kierkegaard le confirieron a la voluntad de decisión un lenguaje cuyas palabras todavía ahora son valiosas: Marx en el *Manifiesto Comunista* (1847) y Kierkegaard en una *Proclama Literaria* [sic] (1846). Uno de los manifiestos concluye así: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"; el otro afirma que cada uno, por sí mismo, debe trabajar por su propia salvación; la profecía del progreso del mundo, en cambio, a lo sumo sería aceptable como una broma. Históricamente considerada, esa oposición significa dos aspectos de una destrucción común del mundo cristiano-burgués"[14].

La respuesta de las filas marxistas no se hizo esperar. Dos son los autores marxistas que especial atención han prestado a Kierkegaard: Adorno, cuya tesis doctoral versa sobre la estética kierkegaardiana; y Lukács cuyo interés inicial fue estético, para convertirse luego en político[15].

Adorno atribuye el "extremado conservadurismo" de Kierkegaard a su insistencia en la interioridad: "en la

[13] Löwith, Karl. *De Hegel a Nietzsche: la Quiebra Revolucionaria del Pensamiento en el siglo XIX. Marx y Kierkegaard* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1968) pág. 165.

[14] *Ibid.*, pág. 215.

[15] Sobre la trayectoria de la relación de Lukács con Kierkegaard, cf. Nagy, András. "Abraham the Communist" en *Kierkegaard: The Self in Society* eds. Pattison, George y Shakespeare, Steven (St.Martin's Press, New York, 1998) págs. 196-220.

interioridad aparece el desprecio de lo exterior, para que no irrumpa en ella. La interioridad es muy conveniente para lo exterior, puesto que reduce a los individuos a átomos impotentes. Su conjunto constituye la opinión pública, contra la cual Kierkegaard no se cansó de lanzar anatemas. Su extremado conservadurismo político, herencia antigua del luteranismo, expresa fielmente la situación histórica de la interioridad sin objeto, que él representa. Quien considera a toda intervención en la realidad externa como una caída desde una pura esencia interior, debe contentarse en admitir y reconocer a las relaciones sociales dadas tal como son"[16].

Adorno parece tener algo de razón. Los diarios de Kierkegaard durante la revolución de 1848, que en Dinamarca fue absolutamente pacífica, muestran su absoluto desdén hacia ésta, por considerar que se trataba de meros cambios formales, exteriores. Nada, escribe en esas ocasiones, va a cambiar mientras no exista interioridad. Sin embargo, en las últimas páginas de "La Época Presente" se podrá observar que antes de la revolución, en 1846, Kierkegaard ya comprendía que los cambios que acontecían en Occidente no se limitarían a las relaciones externas, sino que ejercerían una fuerte presión sobre la vida interior de los individuos. Si es así, el rechazo que Adorno observa en Kierkegaard hacia los cambios exteriores tendría causas más complejas que la defensa de una interioridad cómoda. La versión definitiva de la obra de Adorno fue publicada en 1932, el día que Hitler asumió el

[16] Adorno, Theodor. *Kierkegaard* (Monte Ávila, Caracas,1969) págs. 265-266.

poder. Adorno fue privado de la ciudadanía, pero su libro jamás fue censurado. Un curioso antecedente de lo que sería la interpretación de Lukács.

En la obra "El Asalto a la Razón. La Trayectoria del Irracionalismo desde Schelling hasta Hitler", Lukács se hace cargo de la posición de Löwith, entregando además la suya. Tras citar a Löwith, sostiene que al equiparar la crítica de Marx a Hegel con la de Kierkegaard al mismo, nos hace entrar en una noche en la que todos los gatos son pardos[17]. Lukács sitúa a Kierkegaard dentro de una tradición de reaccionarios irracionalistas que iría desde Schelling hasta Hitler. Las grandes cumbres de esta cadena se encontrarían en Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche, Heidegger, Jaspers, Scheler, etc. El irracionalismo de toda dicha tradición sería la huida de la realidad objetiva que Marx entrega mediante su inversión materialista de la dialéctica hegeliana. La reducción materialista de Lukács desde luego no tiene por resultado un comentario enriquecedor de los estudios kierkegaardianos, pero al menos resulta del todo iluminadora respecto de la noción marxista de razón.

Esta reacción de Lukács es la última obra de mediados de siglo que trata "La Época Presente". En 1962 se realizaría la primera traducción al inglés, con el título "The Present Age". En la versión norteamericana el prólogo es del traductor Alexander Dru, mientras que en la versión inglesa el prólogo es de Walter Kaufmann. Son

[17] Lukács, Georg. *El Asalto a la Razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler* (FCE, México, 1959) pág. 13. En las páginas 203-248 se encuentra una extensa réplica a Löwith.

las traducciones de Haecker y Dru las que sientan el precedente en lo que se refiere a traducir en forma separada "La Época Presente", dejando de lado el resto de "Una Recensión Literaria", precedente que nosotros hemos seguido.

En los últimos años se han publicado obras cuya relevancia no corresponde aún evaluar, pero que desde distintas perspectivas vuelven sobre "La Época Presente" en lo que podríamos considerar una segunda lectura "postexistencialista" -no del todo postmarxista- de Kierkegaard[18].

III. ESTRUCTURA DE LA OBRA

Antes de entrar en el detalle de "La Época Presente", veamos la estructura general de "Una Recensión Literaria". La recensión comienza con un prólogo en el que Kierkegaard advierte que no ha sido escrita para gente que lee la prensa, sino "para criaturas racionales que se toman el tiempo para leer un pequeño libro, aunque no se trate necesariamente de éste. El hecho de que este libro

[18] Desde la perspectiva de la teoría crítica de Habermas escribe Matustík, Martin. *Postnational Identity: Critical Theory and Existential Philosophy in Habermas, Kierkegaard, and Havel* (The Guilford Press, New York, 1993). Desde la vertiente postmoderna escribe Fenves, Peter. *"Chatter". Language and History in Kierkegaard* (Stanford University Press, Stanford, 1993). Desde la sociología, *Cf.* Ferguson, Harvie. *Melancholy and the Critique of Modernity. Søren Kierkegaard's Religious Psychology* (Routledge, New York, 1995). *Cf.* también Westphal, Merold *Kierkegaard's Critique of Reason and Society* (Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1991).

haya sido escrito para *ellos*, no los obliga a leerlo; sólo significa que aquéllos cuyo discernimiento estético y crítico ha sido formado por los diarios, están eximidos de leerlo"[19]. A esto sigue una introducción y luego las tres partes de la recensión.

La primera parte corresponde a una revisión de los contenidos de la novela, la segunda a una "interpretación estética de la novela y sus detalles", para finalizar con "conclusiones a partir de una consideración de <Dos Épocas>". Esta última parte se divide a su vez en un breve comentario sobre "La Época de la Revolución", para acabar con la crítica de "La Época Presente".

Este texto, el que a continuación entregamos, tiene a su vez tres secciones. En un primer momento Kierkegaard compara la época de la revolución con la época presente. En ese marco se insertan los comentarios sobre la dialéctica entre reflexión y pasión. Si bien la mayor parte de dicha sección muestra lo revolucionario-apasionado como totalmente contrapuesto a lo presente-reflexivo, existe un pasaje clave, en el que Kierkegaard define la época presente como una época revolucionaria pero carente de pasión, que mantiene en pie el orden social, pero vaciándolo de sentido.

Es eso lo que desarrollará en una segunda sección, al mostrar cómo las relaciones (padre-hijo, educador-educando, rey-súbdito, etc.) son vaciadas de contenido, la envidia se establece a través de la nivelación y el hombre se transforma en público y abstracción bajo la influencia de la prensa. A todo esto, Kierkegaard lo ha llamado "las

[19] *En Literair Anmeldelse*, pág. 9. Véase nota 22 para referencia.

determinaciones categoriales dialécticas de la época presente y sus consecuencias".

La tercera sección está dedicada a los atributos concretos con que se reflejan la época presente y sus determinaciones categoriales en la vida doméstica y social: charla, desvanecimiento de la frontera entre lo público y lo privado, informidad, anonimidad, galantería, locuacidad, etc. Kierkegaard finaliza la sección con una profecía que, como profecía moderna, "o se cumplirá o no se cumplirá": los hombres de excelencia pasarán a actuar "sin autoridad"[20]. Serán los agentes secretos del Divino Gobierno, los irreconocibles. La obra concluye con Kierkegaard volviéndose agradecidamente hacia el autor de la novela, mostrando así, en una última ironía contra la época, que vale la pena vivir una vida apreciando a los mayores.

IV. "LA ÉPOCA PRESENTE" Y NUESTRA ÉPOCA

Traducir, a siglo y medio de distancia, una obra que lleva por título "La Época Presente", exige al menos una reflexión introductoria respecto de la medida en que las críticas en la obra contenidas se dirigen, o se pueden dirigir todavía, contra nuestra "época presente". La cuestión puede formularse preguntándonos en qué medida hay algo de profético en este escrito de Kierkegaard. Ello no parece posible de resolver en forma simple: hay aspectos en que Kierkegaard se adelanta de manera sorprendente a

[20] Kierkegaard acostumbra subtitular sus *Discursos Edificantes* señalando que han sido escritos "sin autoridad".

cambios que aún se encontraban a algunas generaciones de distancia, mientras que parece ciego a los cambios que más inmediatamente sobrevendrían. La situación de este escrito resulta, pues, comparable con la obra jaspersiana a la que ya hemos aludido, *Die Geistige Situation der Zeit*: publicada poco antes del ascenso de Hitler al poder, en ella Jaspers parece comprender en forma bastante acabada lo que acontecería con el espíritu europeo durante las décadas siguientes, mientras que no parece percibir ni del más remoto modo los peligros más inminentes.

La afirmación más desafortunada de "La Época Presente" parece ser la que anuncia que "una revuelta es en la época presente lo más impensable", y Walter Kaufmann ha sido sobradamente irónico al respecto: "en 1847 siete cantones católicos se separan de Suiza y son forzados en una breve guerra a volver a la federación; el año 1848 en Francia una revolución acaba con la monarquía y establece la República, mientras que revoluciones también sacuden a Alemania, Austria e Italia. Dinamarca anexa Schleswig-Holstein (aprovechándose de las luchas en Alemania), una revuelta se enciende en Hungría, hay guerras en Italia, tropas prusianas y austríacas expulsan a los daneses de Schleswig-Holstein, en París los comunistas se alzan contra la nueva República y son derrotados en sangrientas luchas callejeras, el emperador huye a Viena, más sangrientas revueltas sacuden París, el emperador de Austria es obligado a abdicar en favor de su sobrino – todo en 1848"[21]. Una revuelta no era lo más impensable, y

[21] Kaufmann, Walter en introducción a *The Present Age* (Harper & Row, New York, 1962) págs. 20-21.

en este punto parece difícil decir algo en favor de Kierkegaard.

Nuestro autor parece tan concentrado en el estudio general de las características que va adquiriendo el espíritu europeo, que no alcanza a ver las consecuencias inmediatas que dichos cambios tendrían en la esfera política. De este modo, si bien yerra en los cálculos respecto de su propia época, resulta del todo iluminador para comprender el tipo de revoluciones que comenzarían a desarrollarse poco tiempo después: "una época revolucionaria, pero desapasionada y reflexiva transforma la muestra de poder en una dialéctica pieza de arte: dejar que todo permanezca en pie, pero mediante circunloquios vaciarlo de significado". Es difícil no ver a nuestra propia época retratada cuando Kierkegaard describe la forma en que dichas revoluciones se manifiestan, por ejemplo, en la educación: "el asunto de ir a una escuela ya no consiste en temer y temblar, ni menos en aprender, sino que en el fondo ha llegado a significar el estar interesado en el problema de la educación escolar". Reconocido esto, resulta indudable que la parte más "contemporánea" del texto es la correspondiente a la segunda y tercera sección.

El transferir los contenidos de la obra de este modo a nuestra propia época invita en forma natural a una comparación en que las descripciones de "la época de la revolución", esto es, el final del siglo XVIII, pueden ser atribuidas a las décadas revolucionarias de 1960 y 1970, mientras que la descripción de "la época presente" de Kierkegaard puede ser atribuida a nuestro propio momento histórico. Acaso de este modo se pueda compren-

der de un modo más directo los dos tipos de revoluciones que está retratando Kierkegaard: una, "tumultuosa", busca "abolir"; la otra, "desapasionada", busca "vaciar de significado". Esto obligaría, por cierto, a algunas precisiones: quizás se puede hablar de nuestra época, como de la de Kierkegaard, como época "desapasionada", pero ciertamente eso no corresponde en nuestro tiempo, como pudo haber correspondido en el de Kierkegaard, a un "exceso de reflexión". Por otra parte, hay temas en que las críticas de Kierkegaard parecen por lo menos tan urgentes hoy como en el momento en que las hizo; así ocurre, por ejemplo, con sus críticas al rol de la prensa.

Ahora bien, Kierkegaard no es el único autor del siglo XIX que de algún modo se presenta como contemporáneo nuestro, o cuyas críticas de su propio momento podemos sentir como válidas para el nuestro. Algo semejante puede ocurrir con Nietzsche o, en menor medida, con Marx. ¿Cuál es entonces el rasgo distintivo de la crítica cultural kierkegaardiana? En todos los casos de "críticas del presente" del siglo XIX, la Europa presente parece ser medida contra un ideal pasado o futuro, tales como lo helénico, la sociedad sin clases, una humanidad emancipada, el estadio positivo, etc. Siendo cierto que Kierkegaard realiza su crítica a la época presente a partir de una comparación con la época de la revolución, es preciso, sin embargo, reconocer que ello no corresponde de ningún modo a una idealización de la revolución, de modo que Kierkegaard parece carecer de un momento cumbre en la historia a la luz del cual juzgar el presente. ¿Qué es entonces lo que sirve de medida cuando Kierkegaard realiza una crítica?

En un primer lugar hay que llamar la atención sobre la idea de interioridad. Estando al borde de quedar en aporía, Kierkegaard tiene por costumbre resolver las más difíciles cuestiones mediante una simple apelación a la interioridad. Gran parte de su fortaleza parece radicar en detectar la insuficiencia de la filosofía moderna ante parte de los problemas humanos, insuficiencia que describe de un modo inigualablemente vivo. Sin embargo, su flaqueza radica en que su propia simple apelación a la interioridad desde luego sigue dejando mucho sin resolver. Esta fortaleza y esta limitación debe ser tenida en mente por todo el que en Kierkegaard busque orientación ante las crisis vividas por Occidente.

Por otra parte, la apelación a la interioridad es la mayor parte de las veces una apelación a la interioridad religiosa y, en muchos casos, a la religiosidad específicamente cristiana. Al llamar la atención sobre esto conviene precisar que ello no corresponde de ningún modo a una idealización de alguna de las formas que el cristianismo ha adoptado en el tiempo. La mayor parte de las polémicas en que participa Kierkegaard hacia el final de su vida son, precisamente, contra la idea de la "Cristiandad". Parece darse en Kierkegaard una compleja relación entre fe y crítica de la cultura, cuya complejidad está dada ante todo por las dificultades propias de la religiosidad kierkegaardiana y su modo de relacionarse con lo temporal. Esta relación entre fe y crítica de la cultura parece un tema del todo inexplorado, y nos parece que puede ser uno de los modos más fructíferos de aproximarnos a la obra del danés. Nos contentamos aquí con dejarlo enunciado.

V. CARACTERÍSTICAS DE LA PRESENTE TRADUCCIÓN

La presente traducción se ha realizado en base a la tercera edición de las *Obras Completas* (Samlede Værker) danesas, en la versión electrónica editada por Alastair McKinnon[22]. Además se ha cotejado la propia traducción con la versión inglesa de Howard y Edna Hong[23], correspondiente a la versión más autorizada de las Obras Completas en inglés, así como con la traducción inglesa de Alexander Dru. Las notas corresponden en su mayoría a nuestros propios comentarios. A esto se añaden las referencias a las Sagradas Escrituras y las citas del mismo Kierkegaard, que en este texto son escasas. Todas las notas se encuentran a pie de página. Indicamos las ocasiones en que las citas son nuestras; en las ocasiones en que la nota pertenece al mismo Kierkegaard, no hay ninguna indicación. En la única ocasión en que un comentario nuestro sigue a una nota de Kierkegaard, ha sido colocado entre corchetes.

Hemos privilegiado la literalidad aunque en algunos casos pueda significar dificultades para la lectura en castellano. Asimismo hemos conservado la unidad de párrafos que pueden parecer excesivamente extensos. En

[22] La edición de McKinnon, a la que corresponden también las citas anteriores en la presente introducción, está realizada sobre la versión impresa de *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, editada por A.B. Drachmann, J.L. Heiberg y H.O. Lange (Copenhague, 1962-1964).

[23] *Two Ages: The Age of Revolution and the Present Age, A Literary Review* trad. Howard y Edna Hong (Princeton University Press, Princeton, 1978).

nota al pie hemos entregado las traducciones de palabras escritas por Kierkegaard en otros idiomas, incluso cuando éstas resulten obvias.

En cuanto a los términos de más difícil traducción, hay que mencionar *Forstand, Klogskab, Kløgtighed.* El parecido entre éstos dificulta la elección de los términos castellanos a utilizar. Para *Forstand,* que también podría haber sido traducido como entendimiento, escogimos el término *sensatez.* Los Hong utilizan en la traducción inglesa la palabra *prudence.* En su acepción vulgar, semejante a indolencia, a cuidado extremo, podríamos haber utilizado el término *prudencia* para traducir el carácter que Kierkegaard aquí le da a *Forstand;* pero con el fin de evitar confusiones con el uso clásico del término, optamos por *sensatez. Klogskab* lo hemos traducido por astucia, *Kløgtighed* por ingenio.

Otro término que merece ser explicado es *Formation,* que hemos traducido, literalmente, por *formación.* Es utilizado por Kierkegaard en las últimas páginas del texto como sinónimo de época, pero considerando las distintas épocas estrictamente en lo que se refiere a la diferencia en las relaciones entre individuo y generación. De este modo, "una formación antigua" debe entenderse como "una forma antigua de darse las relaciones entre individuo y generación".

Por último, tenemos que dar nuestras razones para haber seguido el precedente de Dru y Haecker, traduciendo sólo "La Época Presente", y no toda la recensión literaria. Esto obedece fundamentalmente a que no existe una versión castellana de la obra reseñada por Kierkegaard. De este modo, la mayor parte de lo que Kierkegaard escribe son comentarios que nos resultarían sumamente

difíciles de comprender, siendo además de poco provecho. Por otra parte, consideramos que el breve comentario sobre "La Época de la Revolución", y el más extenso sobre "La Época Presente", constituyen la parte más perenne de la obra, y perfectamente comprensible con independencia del resto de ella. Las páginas dedicadas a "La Época de la Revolución" las hemos dejado al margen de la traducción por considerar que todo lo importante dicho en ellas se encuentra presente en las comparaciones que con ella hace Kierkegaard al describir "La Época Presente".

No podemos concluir sin antes expresar nuestro agradecimiento hacia quienes, con su apoyo y crítica, han hecho posible la presente traducción. Agradezco al profesor Alastair McKinnon, de la Universidad de McGill, Montreal, por sugerencias en la labor de traducción. Al profesor Raúl Madrid Ramírez, Secretario General de la Pontificia Universidad Católica, debo una primera revisión de la traducción e importantes observaciones respecto de la introducción. Joaquín García-Huidobro, Director de Estudios de la Universidad de los Andes, fue quien primero me instó a publicar esta traducción; le debo especial gratitud por ello y por muchas razones más. Agradezco en la persona de su decano, don Álvaro Pezoa, a la Facultad de Humanidades de la Universidad Adolfo Ibáñez. En ella he comenzado a aprender a unir la amistad con el rigor intelectual. Debo también un especial agradecimiento a los profesores Gerardo Vidal Guzmán y Gonzalo Rojas Sánchez, quienes me ayudaron a dar algunos de los primeros pasos hacia la vida académica. Tomás Villarroel, Jaime Barrientos, Daniel Mansuy y Hugo Herrera son algunos de los amigos con los cuales la

conversación siempre ha sido formativa. En Editorial Universitaria agradezco a Antonia Viu Bottini, Braulio Fernández Biggs y a mi amigo Rodrigo Figueroa Weitzman. Finalmente deseo manifestar gratitud especial a mis padres.

MANFRED SVENSSON

LA ÉPOCA PRESENTE

De acuerdo a lo que yo he comprendido, aquí la tarea es, en una consideración más general, que esté en servicio crítico de la novela, avanzar en los aspectos que el autor con arte novelístico ha expresado.

La época presente es esencialmente sensata, reflexiva, desapasionada, encendiéndose en fugaz entusiasmo e ingeniosamente descansando en la indolencia.

Si se tuviese, tal como se tiene en relación al consumo de aguardiente, etc., tablas sobre el consumo de sensatez de generación en generación: entonces quedaríamos asombrados al ver la enorme cantidad que hoy en día se utiliza. Qué cantidad de vacilaciones, ponderaciones y consideraciones utiliza incluso una familia de vida privada, aunque tenga amplios ingresos; qué cantidad utilizan también los niños y la juventud; pues tal como la cruzada de los niños representa a la Edad Media, así representa la astucia infantil a la época presente. Me pregunto si hay alguna persona aún que siquiera una vez haga una colosal tontería. Ni siquiera un suicida en estos días acaba consigo mismo en un acto de desesperación, sino que reflexiona sobre este caso tanto tiempo y tan prudentemente, que es ahogado por la prudencia; de tal modo que incluso se vuelve incierto si realmente debe ser llamado suicida en tanto que fue justamente la reflexión la que le quitó la vida. Un suicida con premeditación no fue, sino más bien un suicida a causa de la premeditación. Sería

por lo tanto una de las más difíciles tareas la de ser fiscal contra semejante época, pues toda la generación es de expertos procuradores; y su arte, su prudencia, su virtuosidad consiste en permitir que el asunto llegue a juicio y decisión, sin jamás actuar.

Si decimos de la época de la revolución que se descarría, entonces podemos decir de la época presente que se expone a penurias. El individuo y la generación continuamente se contradicen a sí mismos y el uno al otro; por eso sería tan difícil para un fiscal lograr constatar alguna evidencia, porque no hay ninguna. De la abundancia de indicios podría concluirse que o bien ha sucedido o bien está por suceder algo extraordinario. Y sin embargo se concluiría mal, pues los indicios son el único intento de muestra de poder de la época presente; y su inventiva y virtuosidad en la ejecución de hechizos cegadores, el encenderse en el arrebato del entusiasmo con ayuda del engañoso atajo de proyectados cambios formales, clasifica tan alto en lo que se refiere a la astucia y al negativo uso de poder, como clasifica la revolución en lo que se refiere a la pasión enérgica y creativa. Cansada de sus quiméricos esfuerzos, nuestra época descansa a ratos en completa indolencia. Su condición es la del que se queda en cama por la mañana: grandes sueños, luego adormecimiento, finalmente una cómica o ingeniosa idea para excusar el haberse quedado en cama.

El individuo singular (al margen de cuán bien intencionados muchos de éstos puedan ser, al margen de cuánta fuerza puedan llegar a tener en caso de que llegasen a utilizarla) no ha logrado encerrar en sí pasión suficiente como para soltarse de la red de la reflexión y de la seductora ambigüedad de la reflexión; y el entorno, la contemporanei-

dad, no tiene acontecimientos ni pasión integrada, sino que crea en negativa unidad una oposición de reflexión, que en un primer momento bromea con engañoso propósito, y que luego engaña con una destellante excusa: que sin embargo se ha hecho lo más sabio dejando de actuar. *Vis inertiae*[1] está en los cimientos de la tergiversación[2] de la época, y cada desapasionado se felicita como su inventor –y se vuelve aun más ingenioso. Así como las armas eran libremente distribuidas en la época de la revolución, así como eran abiertamente repartidas insignias de la hazaña en la época de las cruzadas: así se obsequia en todas partes en la época presente reglas de astucia, cálculos de consideraciones, etc. Si se pudiese aceptar que toda una generación tenga la tarea diplomática de dilatar las cosas, de modo que siempre se impida que algo suceda, y que sin embargo siempre parezca que algo sucede, entonces no podríamos negar que la época presente se comporta de manera tan admirable como la época de la revolución. Si alguien quisiera probar consigo mismo el experimento de olvidar todo lo que sabe sobre la época y sobre la verdadera y, según la costumbre, excesiva relatividad, y luego llegar como de otro planeta; si así leyera uno u otro libro, un artículo en una revista, o bien simplemente hablara con un transeúnte: recibiría la siguiente impresión: ¡diantre! Esta misma tarde debe haber ocurrido algo –o puede haber ocurrido algo la tarde anterior.

[1] La fuerza de la inercia. En latín en el original. (N. del T.)

[2] La palabra *Tergiversation*, que utiliza Kierkegaard, no existe en el danés, sino que es construida por Kierkegaard a partir del latín *tergiversatio*. (N. del T.)

En contraposición con la época de la revolución como época de acción, la época presente es la época de la publicidad, la época de los misceláneos anuncios: no sucede nada, y sin embargo hay publicidad inmediata. Una revuelta es en la época presente lo más impensable; semejante demostración de fuerza parecería ridícula a la calculadora inteligencia de la época. En cambio, un político virtuoso estaría en condiciones para una demostración de arte sorprendente de un modo distinto. Estaría en condiciones de escribir una invitación, para celebrar una asamblea general que decida sobre una revolución, tan cuidadosamente que incluso el censor tendría que dejarla pasar; y luego, en la tarde estaría en condiciones de provocar en la asamblea una muy engañosa impresión, la de que ya habrían realizado la revolución; tras lo cual tranquilamente se separarían –habiendo pasado una gratísima velada. La adquisición de enorme conocimiento básico es impensable entre los jóvenes en nuestra época, se consideraría ridículo. En cambio, un virtuoso científico estaría en condiciones de mostrar una pieza de arte muy distinta. En un plan de subscripción estaría en condiciones de lanzar algunos lineamientos para un sistema omniabarcante, y hacerlo de tal modo que el lector (del plan de subscripciones) quedase con la impresión de ya haber leído el sistema[3]. Porque la época de los enciclopedistas ha pasado, la de los que infatigablemente escribían folios; ahora ha llegado el

[3] En este pasaje, y en lo que sigue, puede notarse algo sobre lo que algunos comentaristas llaman la atención: Kierkegaard parece manifestar un rechazo mucho más categórico a los hegelianos daneses, a los que en unos lineamientos buscan mostrar un sistema omniabarcante, que a Hegel mismo. (N. del T.)

turno de los ligeramente equipados enciclopedistas, que *en passant*[4] disponen de toda la existencia y de todas las ciencias. Una profunda renuncia religiosa al mundo y a todo lo que es del mundo[5], acompañada de diaria abnegación, es impensable entre los jóvenes de nuestra época: no obstante, cualquier candidato a teólogo tendría la virtuosidad suficiente para realizar algo mucho más sorprendente. Estaría en condiciones de proyectar una institución social cuyo propósito no sea menor que el de salvar a todos los perdidos. La época de las grandes y buenas acciones ha pasado, la época presente es la de las anticipaciones. Nadie quiere conformarse con hacer algo determinado, sino que cada uno quiere dejarse adular por la reflexión imaginándose que al menos logrará descubrir un nuevo continente. Nuestra época es la de la anticipación, incluso el reconocimiento se recibe por adelantado. Tal como una persona joven que decide estudiar seriamente para sus exámenes a partir del primero de Septiembre[6], para reafirmarse en tal decisión toma vacaciones por el mes de Agosto: así parece, lo que es significativamente más difícil de comprender, que la actual generación ha tomado la seria decisión de que será la siguiente generación la que seriamente se hará cargo del trabajo; y para evitar molestarla o retardarla, la actual se hará cargo de los banquetes. Sólo hay una diferencia: que la persona joven se sabe irreflexiva, mientras que la época presente permanece seria hasta en los banquetes.

[4] De paso. En francés en el original. (N. del T)

[5] Cf. I Juan 2:15 (N. del T.)

[6] Recuérdese que esto se escribe en el hemisferio norte, lo que explica la fecha señalada para los exámenes. (N. del T.)

Acción y decisión son tan escasos en la época presente como lo es la diversión de nadar con riesgo para los que nadan en aguas poco profundas. Pero así como el adulto que goza revolcándose en las olas llama al joven: ven afuera, corre; así se encuentra la decisión en la existencia (si bien, desde luego, se encuentra en el individuo) y llama al joven, que aún no ha sido extenuado por el exceso de reflexión ni sobrecargado por las ilusiones de la reflexión: ven afuera, corre intrépido; incluso si sólo fuera un salto irreflexivo, con tal que sea decisivo –si eres capaz de ser hombre, entonces el peligro y el severo juicio de la existencia sobre tu irreflexión te ayudarán a llegar a serlo.

Si un tesoro deseado por todos estuviera alejado en los más delgados trozos de hielo[7]; por tanto con el peligro de muerte montando guardia para protegerlo, preocupándose de que sea una aventura mortalmente peligrosa salir tan hacia afuera, pues (permítasenos imaginar esta extrañeza, que después de todo sólo es extraña en la ilustración) más cerca el hielo es bastante seguro y helado hasta el fondo: en una época apasionada la multitud aclamaría con elogio al valiente, cuando se aventurara hacia afuera; se estremecería con él y por él en el peligro mortal de la decisión; lo lloraría en la perdición; lo idealizaría si ganase el tesoro. En una época reflexiva y desapasionada la cosa sería muy distinta. En mutuo reconocimiento de compartida astucia se acordaría prudentemente que no vale la pena aventurarse tanto hacia afuera, que sería

[7] También aquí es el ser Kierkegaard nórdico lo que explica el ejemplo. Son comunes en el hemisferio norte los juegos riesgosos en lagos cuyo centro no se encuentra totalmente congelado. (N. del T.)

imprudente y ridículo; y luego se transformaría la aventura del entusiasmo en una muestra de arte –en orden a hacer algo, porque "algo tiene que hacerse". Saldrían hacia el hielo, y desde una posición segura evaluarían con aire de perito a los diestros patinadores que son capaces de patinar casi hasta el borde (esto es, a una distancia en que el hielo todavía es seguro, y el peligro aún no ha comenzado) y ahí dar la vuelta. Entre los patinadores habrá uno que otro tan diestro, que será capaz de la siguiente pieza artística: en el límite mismo dar aún un salto engañosamente peligroso, de modo que los espectadores griten: "¡por los dioses! Está loco, está arriesgando la vida". Pero vean que era tan diestro como para dar un vuelco justamente en el límite más extremo ¡donde el hielo todavía es bastante seguro, y aún no comienza el peligro! Del mismo modo como en un teatro la multitud gritaría "¡bravo!" y saludaría con aclamación, y llevaría a su heroico actor a casa a ofrecerle un agradable banquete. La sensatez ha llegado a ser tan extendida, que se ha transformado la tarea misma en una actuación irreal, y la realidad en un teatro. En el banquete de la tarde habría abundancia de admiración. Mientras que en otros casos la verdadera condición de la admiración es la siguiente: que el admirador es elevado él mismo por el pensamiento de ser hombre tal como el admirado, es hecho humilde por el pensamiento de no haber sido él mismo capaz de hacer tal grandeza, es éticamente estimulado por el ejemplo para con sus mejores fuerzas seguir al admirado: aquí la sensatez otra vez habrá cambiado la relación de la admiración. En el banquete los que brindan, incluso en medio del júbilo y de la exaltación, tendrían la ingeniosa representación de la sensatez, de que la realización del

admirado no fue gran cosa; que en el fondo fue casual que el encuentro se haya realizado en torno a él, porque cualquiera de los asistentes, en alguna ocasión, iniciado en ciertas tácticas engañosas, podría haber hecho lo mismo. En suma, en lugar de buscar fortaleza en el agradecimiento y estímulo para el bien en la festividad de la admiración, quienes brindan más bien se irían a casa con aún mayor disposición hacia la mayor de las enfermedades, pero también la más aristocrática: la de admirar en público lo que en privado se considera trivial, porque todo se ha convertido en una dramática broma, y los animosos brindis de la admiración representan el secreto entendimiento de que uno casi igualmente podría estarse admirando a sí mismo.

O si finalmente un hombre entusiasta se pusiera a la cabeza de una empresa, y entonces, lo que se logra con facilidad (ya que destellos de entusiasmo e ingeniosa apatía se corresponden mutuamente), un grupo de personas se reuniese en torno a él; si ahora, encabezando a esta multitud –entre cantos de victoria, hasta que se acerca a la decisión y al riesgo– da la vuelta para hablar una palabra de entusiasmo al público: entonces toda la escena cambiaría. Los participantes ingeniosamente se transformarían en un grupo de espectadores, que con la autocomplacencia del ingenio fingirían que fueron ellos quienes en forma astuta e irónica lo habían conducido al entusiasmo y que ahora habían venido a observarlo y reírse. Y este poco común ingenio los dejaría, en mutuo reconocimiento, mucho más satisfechos que cualquier otra tarea; para su entendimiento ingenioso, habría sido brillante. No se escucharía una palabra sobre inestabilidad, cobardía; no, se jactarían en la destellante ilusión del ingenio, haciendo

de este modo más difícil su propia cura. Y así quizás también el líder perdería la valentía, y el asunto se volvería lo más desmoralizante que es posible concebir, pues se volvería un movimiento fingido y una incitación a la presunción cobarde.

Que un hombre permanezca en pie o caiga por sus acciones se está volviendo obsoleto; en cambio, todos están sentados cumpliendo brillantemente con su cometido, gracias a la ayuda de un poco de reflexión y con la ayuda de saber muy bien qué debe hacerse. Pero ved, lo que dos y dos conversan, lo que los individuos como lectores o como participantes de una asamblea general comprenden perfectamente en la forma de la reflexión y la observación: esto son del todo incapaces de comprenderlo en la forma de la acción. Si alguno anduviera escuchando lo que se dice que se debe hacer y luego, motivado por la ironía, *mir nichts und Dir nichts*[8] hiciera algo al respecto: entonces todos se extrañarían y les parecería arrebatado; y apenas los observadores conversaran, determinarían que eso era justamente lo que había que hacer.

La época presente, en sus destellos de entusiasmo, y de nuevo en su apática indolencia que por sobre todo gusta de bromear, está muy cerca de lo cómico; pero aquél que entiende lo cómico, ve con facilidad que lo cómico se encuentra en un lugar muy distinto de lo que la época presente imagina, y que la sátira en nuestro tiempo, si es que va a ser posible que haga algún bien y no un daño irreparable, debe tener por fortaleza una consecuente y bien fundada visón ética de la vida, una sacrificada

[8] Sin siquiera pedir autorización. En alemán en el original. (N. del T.)

abnegación, una elevada nobleza que renuncia al instante; de otro modo la medicina se vuelve incomparablemente más peligrosa que la enfermedad. Lo cómico radica justamente en que una época como ésta todavía quiere ser chistosa y hacer gran cosa de lo cómico; pues esto es sin duda la última y más fantasmagórica escapatoria. ¿De qué puede jactarse, en relación a lo cómico, una época perdida en la reflexión? Como época desapasionada no tiene el activo del sentimiento en lo erótico, ni el activo del entusiasmo y la interioridad en lo político y lo religioso, ni el activo de lo doméstico, la piedad o la admiración en lo diario y la vida social. Pero la existencia se burla de aquella gracia que no posee activos, a pesar de que la masa ría en forma resonante. Pretender ser chistoso cuando no se posee la riqueza de la interioridad, es querer derrochar en el lujo y privarse de las necesidades básicas de la vida; es, como dice el dicho, vender los propios pantalones para comprar una peluca. Pero una época desapasionada no posee ningún activo: todo se convierte en transacciones con papel moneda. Algunas frases y observaciones circulan entre la gente, en parte verdaderas y razonables, pero sin vitalidad; pero no queda ningún héroe, ningún amante, ningún pensador, ningún caballero de la fe, nadie magnánimo, ningún desesperado que valide estas cosas por haberlas vivido en forma primitiva. Y tal como en una transacción entre hombre y hombre el susurro del papel moneda nos hace extrañar el sonido de las monedas: de ese modo se puede extrañar en la época presente un poco de primitivismo. ¿Pero qué es más primitivo que lo chistoso, más primitivo, incluso más sorprendente que el primer brote de la primavera, y el

primer verdor del pasto? Porque incluso si la primavera llegara tras previo acuerdo, seguiría siendo primavera, pero un chiste tras previo acuerdo sería algo repugnante. Supongamos, pues, que en relevo de los febriles destellos de entusiasmo se llega tan lejos que lo chistoso, ese acontecimiento divino –cuando llega, ese obsequio como saludo del Dios desde el enigmático origen de lo inexplicable, de modo que ni el más chistoso que haya vivido se atreve a decir "mañana", sino que devotamente dice "si Dios quiere"[9]– supongamos que lo chistoso fuera transformado en su más banal contrario, una trivial necesidad de la vida, de modo que se convirtiese en una lucrativa industria el fabricar, arreglar, renovar y comprar antiguos y nuevos chistes: ¡qué terrible epigrama para una época chistosa!

De modo que finalmente el objeto del deseo es el dinero, lo que también es una representación y una abstracción. En la época presente un hombre joven rara vez podría llegar a envidiar a otros sus capacidades, o su arte, o el amor de la bella mujer, o su fama; no, pero su dinero sí lo envidiaría. Dámelo, dirá el joven, y me habrás ayudado. Y este hombre no haría nada arrebatado, no haría nada de lo que se pueda arrepentir, no tendría nada que reprocharse, pero moriría en la ilusión de que si hubiese tenido dinero, entonces sí que habría vivido, entonces quizás también él habría hecho algo grande. Permítasenos pensar en la novela. Un joven, Ferdinand Bergland, está enamorado, pero su entendimiento y su reflexión se le ponen en el camino –y la

[9] *Cf.* Santiago 4: 13-15 (N. del T.)

decisión se vuelve negativa. En la época presente ni siquiera la inmediatez del enamoramiento está libre como los lirios del campo ni es tan gloriosa a los ojos del amante como Salomón en toda su magnificencia[10]. Un criticismo erótico y un entendimiento acobardado doblegan su libertad y falsifican sus valores –y la celestial gloria de lo religioso no puede venir en su ayuda– hasta lo más alto. Un amante abandona a la amada por preocupaciones financieras. Cuán distinta la época de la revolución, en la que Lusard irreflexivamente, en forma casi arrebatada, abandona a una mujer desgraciada, dejándole a ella todos los problemas; pero sigue estando a favor de Claudine el hecho de que realiza la tarea, vive de nada, se olvida de las preocupaciones financieras, sólo piensa en Lusard. Pero el asunto llega a una decisión; y la necesidad de la decisión es justamente lo que la reflexión expulsa o pretende expulsar, y como consecuencia de ello el individuo sufre de mórbido, anormal entendimiento. En vano la decisión persigue durante la vida al individuo, en vano la bendición espera el instante de la decisión: si bien engañados, conocemos sabios caminos para huir; y si esto dura demasiado y somos atrapados, entonces somos como jóvenes que han estado demasiado tiempo comprometidas, lo que rara vez es propicio para el matrimonio.

[10] *Cf.* Mateo 6: 28-29. El pasaje de Mateo 6:24-34 es el más comentado en las obras tardías de Kierkegaard. Un amplio análisis del uso que Kierkegaard hará de este pasaje desde la presente obra en adelante se encuentra en la segunda parte de Kirmmse, Bruce. *Kierkegaard in Golden Age Denmark* (Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 1990) (N. del T.)

* * *

Después de estas consideraciones generales está en su lugar, también en servicio desinteresado de la novela, avanzar desde la comparación con la época de la revolución hacia las determinaciones categoriales dialécticas de la época presente y sus consecuencias, con independecia de la presencia o ausencia de éstas en el instante dado. Por lo demás, la cuestión relativa a cuál época sea la mejor, la más significativa, no entra en la novela, ni tampoco en esta recensión, la que se encuentra en servicio crítico de aquélla. Aquí sólo se pregunta por el "cómo" de las épocas, y este "cómo" es alcanzado por una mirada más universal, cuyas consecuencias son alcanzadas por una conclusión *ab posse ad esse*[11] y verificadas por una observación y experiencia *ab esse ad posse*[12]. En lo que respecta a la importancia, ciertamente es posible que la época presente con su tarea de reflexión se explique a sí misma como una más elevada forma de existencia; y en lo que respecta a la bondad, es cierto que la persona atada en la reflexión puede ser tan bien intencionada como la persona apasionada, resuelta; al igual que puede haber tanto que sirva de excusa al que se extravía en la pasión como para el que está conciente de que, engañándose a sí mismo en la reflexión, su error nunca se hace evidente. Este es otro peligro de la reflexión, que no se puede ver si es por una resolución alcanzada por la deliberación que uno se salva de hacer el mal, o si acaso es la fatiga causada por la reflexión la que debilitándonos

[11] Desde la potencia al acto. En latín en el original. (N. del T.)
[12] Desde el acto a la potencia. En latín en el original. (N. del T.)

evita que hagamos el mal. Pero una cosa es cierta: tal como la mayor ciencia aumenta el dolor[13], así también lo aumenta la reflexión; y por sobre todo es cierto que ni para el individuo ni para la generación hay tarea o esfuerzo más difícil que escapar de las tentaciones de la reflexión, justamente porque éstas son tan dialécticas, porque un sólo ingenioso descubrimiento está en condiciones de repentinamente dar un nuevo vuelco al asunto, porque en todo instante la reflexión está en condiciones de dar una nueva interpretación y permitirnos huir hacia alguna parte, porque incluso en el último instante de la decisión reflexiva es posible hacer todo nuevo –es decir, después de que uno ha soportado muchos más esfuerzos de los que un hombre resuelto requeriría para estar dentro del asunto. Pero esto son nuevamente excusas de la reflexión, y la posición en la reflexión no cambia, porque sólo cambia dentro de la reflexión misma. Si bien la época presente sufre una injusticia al ser comparada con una época acabada, ya que está involucrada en la tarea de llegar a ser, incluso esto sucede en el campo de la reflexión y por esta razón también tiene la incertidumbre de la esperanza.

Una época apasionada, tumultuosa, quiere arrojar todo a un lado, abolir todo; una época revolucionaria pero desapasionada y reflexiva transforma la muestra de poder en una dialéctica pieza de arte: dejar que todo permanezca en pie, pero mediante circunloquios vaciarlo de significado; en lugar de terminar en una revuelta, culmina agotando la realidad interior de las relaciones en una tensión de reflexión que permite a todo seguir en pie,

[13] *Cf.* Eclesiastés 1:18 (N. del T.)

pero transforma toda la existencia en una ambigüedad que en su facticidad existe, mientras que *privatissime*[14] un engaño dialéctico sugiere una lectura secreta –que las relaciones no existen.

La moralidad es carácter, carácter es algo grabado (Χαράσσω)[15]; pero el mar no posee carácter, ni lo posee la arena, ni el abstracto entendimiento, porque el carácter es interioridad. La inmoralidad, tal como la energía, también es carácter. La ambigüedad en cambio se da cuando no se es ni lo uno ni lo otro; y la ambigüedad en la existencia se da cuando la disyuntiva cualitativa de las cualidades es debilitada por una reflexión roedora. Una revuelta apasionada es elemental, pero una desintegración motivada por la reflexión es un tranquilo aunque día y noche agitado *sorites*[16]. La distinción entre bien y mal es enervada por una ligera, distinguida, teórica relación con el mal, por un orgulloso ingenio que sabe que el bien no es apreciado ni retribuido en este mundo –de tal modo que casi se vuelve estúpido. Nadie es llevado por el bien a grandes acciones y nadie es movido a pecados desvergonzados por la fuerza del mal; lo uno vale tanto como lo otro y, sin embargo, esto da justamente más razón para la habladuría, ya que la ambigüedad es una irritante incitación, y posee más retórica que la poseída por la admiración del bien y el desprecio del mal.

Los resortes de las relaciones de vida, que son lo que son gracias a una pasión cualitativamente distintiva,

[14] En lo estrictamente privado. En latín en el original. (N. del T.)

[15] El verbo griego significa, en efecto, grabar, afilar. (N. del T.)

[16] El 'sorites' es el silogismo formado por varias premisas. (N. del T.)

pierden su elasticidad; la distancia que algo tiene de su contrario en la expresión cualitativa ya no es la ley para la relación de interioridad entre ambos en una relación. La interioridad escasea y por tanto la relación ya no existe, o bien es una simple cohesión. Pues la regla negativa es la siguiente: no poder estar ni juntos ni separados; una ley positiva es ésta: poder estar tanto juntos como separados; o una más positiva: no poder estar separados, porque hay mutua dependencia. Pero en lugar de la relación de interioridad se ha establecido otra relación: uno no se relaciona con el contrario, sino que los opuestos están detenidos observándose, y éste es el término de la relación. Pero no es la admiración que alegre y valiente acude con palabras de aprecio y se quita el sombrero ante la excelencia para luego molestarse por su soberbia y atrevimiento; ni es tampoco la relación opuesta, de ningún modo; la admiración y la excelencia casi llegan a ser como un par de distinguidos iguales que se observan mutuamente de modo cortés. Esto no es el ciudadano que como súbdito homenajea a su rey, y luego se irrita por la tiranía de éste, de ningún modo; ser un ciudadano ahora es otra cosa, es ser una tercera parte. El ciudadano ya no es parte de la relación, sino un espectador que estudia el problema de la relación entre un rey y sus súbditos; porque acontece durante algún tiempo que se levanta comité tras comité, mientras que aún hay ciudadanos que, cada uno individualmente, quieren lograr un fin determinado; pero todo termina con la época misma convertida en un comité. Esto ya no es el padre que en furor reúne toda su autoridad paterna en una sola maldición, ni es el hijo desafiante, lo que todavía podría terminar en la interioridad de la reconciliación. No, en ese

sentido la relación es irreprochable. Porque el vínculo se está acabando, porque en realidad ya no se están relacionando el uno con el otro en el vínculo, sino que la relación se ha vuelto un problema, en el que las partes, como en un juego, se observan unas a otras en lugar de relacionarse, y se cuentan mutuamente los recíprocos reconocimientos de relación, en lugar de la entrega resuelta de un verdadero vínculo. Porque ha llegado un tiempo en que más y más hombres renuncian a las tareas tranquilas de la vida que tanto agradan a Dios, para dedicarse a algo más elevado, para en una relación más elevada reflexionar acerca del vínculo; pero finalmente toda la época se transforma en una representación, la que representa... sí, no es fácil decir qué; la que piensa acerca de las relaciones... sí, no es fácil decir en beneficio de quién. Esto ya no es el adolescente rebelde que todavía teme y tiembla ante el maestro, no; más bien el vínculo es una igualdad en mutuo intercambio de ideas entre maestro y discípulo, acerca de cómo una escuela como ésta debe manejarse. El asunto de ir a una escuela ya no consiste en temer y temblar, ni menos en aprender, sino que en el fondo ha llegado a significar el estar interesado en el problema de la educación escolar. La relación de diferencia entre hombre y mujer no es violada en un desenfreno licencioso, de ningún modo; la decencia preocupa de tal modo, que de cada "inocente" cruce de los límites se dice: fue algo insignificante. ¿Cómo se puede llamar a semejante relación? Una tensión, creo; pero no una tensión que lleva las fuerzas hasta la catástrofe, sino una tensión que agota la existencia; se han ido la fogosidad, el entusiasmo y la interioridad que dan brillo a los vínculos de dependencia y a la corona del gobernante, que hacen feliz la obediencia

del niño y la autoridad del padre, que hacen franca la sumisión del que admira y la elevación del excelente, que dan al maestro significado válido y al discípulo oportunidad de aprender, que unen la fragilidad de la mujer y la fortaleza del hombre en la igual fuerza de la entrega. La relación subsiste, pero no tiene suficiente elasticidad como para concentrarse en la interioridad y unirse armónicamente. Las relaciones se manifiestan como existentes, pero también como inexistentes, pero no totalmente, sino como en una somñolienta constancia.

Permítaseme dar un ejemplo muy simple de lo que estoy diciendo. Visité en una ocasión a una familia que poseía un antiguo reloj, el que de uno u otro modo ya no funcionaba. Pero su error no se manifestaba en que el espiral saltara o se rompiera una cadena, ni tampoco en que dejara de sonar; por el contrario, continuó sonando, pero de un modo particularmente abstracto y normal y, sin embargo, confuso. No sonaba doce veces para indicar las doce, ni una vez para indicar la una, sino que sonaba sólo una vez, con intervalos iguales. Sonó de este modo todo el día, sin jamás dar la hora. Y así es una relación agotada: la relación subsiste, pero una constancia abstracta, que evita el quiebre, expresa algo, a lo que podemos llamar la expresión de la relación y, sin embargo, las relaciones no sólo son expresadas en forma imprecisa, sino sin sentido. Lo que cansa es la subsistencia de la relación, su facticidad; lo peligroso es que justamente esto estimula la erosión de la reflexión. Porque contra una revuelta se puede utilizar el poder, a la falsificación notoria le espera el castigo, pero un secreto dialéctico es difícil de exterminar; se requiere de un oído más agudo para seguir los silenciosos pasos de la reflexión por los atajos de la ambigüedad.

El orden establecido permanece, pero la reflexión desapasionada encuentra tranquilidad en el hecho de que es ambiguo. No se pretende abolir la monarquía, de ningún modo; pero si poco a poco la pudiésemos convertir en una ilusión, entonces felices gritaríamos "¡Viva el Rey!" Tampoco se pretende abolir la excelencia, de ningún modo; pero si tomándonos el mismo tiempo logramos difundir la idea de que es una ilusión –entonces sí la admiraríamos. Se busca mantener toda la terminología cristiana, pero estar al mismo tiempo ciertos de que esto no debe significar nada decisivo. Y no estaremos arrepentidos, ya que, después de todo, no estamos echando abajo nada. Nuestro deseo de tener un gran rey es tan pequeño como el de tener un libertador o una autoridad religiosa. Queremos mantener el orden establecido, pero en un conocimiento reflexivo, saber en el fondo de su inexistencia. Y luego se busca estar orgulloso en la ilusión de que esto es verdadera ironía, olvidando que en una época de negatividad un auténtico ironista es el entusiasta oculto (tal como el héroe es un entusiasta manifiesto en una época positiva) y que el auténtico ironista se sacrifica, tal como el gran maestro de la ironía terminó siendo castigado con la muerte.

La tensión de la reflexión termina por erigirse como principio y, tal como en una época apasionada el entusiasmo es el principio unificador, así en una época desapasionada y muy reflexiva, la envidia será el principo negativamente unificador. Esto no debe ser entendido en forma inmediata con significación ética, como una acusación; no, la idea de la reflexión, si se puede hablar así, es la envidia, y la envidia por tanto es doble: es el egoísmo en el individuo y la envidia de los circundantes hacia él. La envidia reflexiva en el indivi-

duo malogra su capacidad de decisiones apasionadas y, si está al borde de lograrlas, la oposición reflexiva de los circundantes logrará detenerlo. La envidia reflexiva somete la voluntad y la fuerza a una especie de cautiverio. Primero el individuo debe romper la cárcel en que lo mantiene la propia reflexión. Logrado esto aún no es libre, sino que está en el gran recinto penitenciario que le ha construido la reflexión de los circundantes y, nuevamente se relaciona con ésta por la relación de reflexión que lleva en sí mismo, de la que sólo lo puede sacar la interioridad religiosa, a pesar de que conozca desde antes la falsedad de la relación. Pero que sea una cárcel en la que la reflexión tiene presos al individuo y a la época, que sea la reflexión la que lo hace, que no sean tiranos y una policía secreta, no el clero ni tampoco la aristocracia, esto es algo que la reflexión también quiere ocultar con toda su fuerza y mantiene así viva la ilusión de que las posibilidades que ofrece la reflexión son algo mucho más grandioso que la pobreza de la decisión. La envidia egoísta le exige, bajo la forma del deseo, demasiado al individuo, y así lo frustra; lo inutiliza tal como el amor preferencial de una débil madre, porque su propia envidia evita que el individuo aprenda a sacrificarse. La envidia de los circundantes, en la que el individuo participa contra otros, es envidia en un sentido crítico negativo.

Pero mientras más tiempo se extienda esto, más se convertirá la envidia reflexiva en una envidia ética. El aire encerrado siempre se vuelve venenoso y el encierro de la reflexión, sin ninguna decisión, ningún evento que ventile, es lo que lleva a la envidia condenable. Mientras que las mejores fuerzas del individuo se enfrentan mutuamente en la tensión de la reflexión, emerge la miseria, su atrevimiento impresiona por ser una muestra de poder y

su desdén le da un protegido privilegio, justamente porque así escapa de la atención de la envidia.

Por lo demás, el no poder mantenerse siempre en las alturas continuamente admirando, está profundamente arraigado en la naturaleza humana, la que exige variedad. Incluso la época más inspirada bromea por tanto envidiosamente acerca de la excelencia. Esto está en su lugar, y puede seguir en su lugar mientras que aquél que ríe acerca de la excelencia, cuando vuelve a poner los ojos en ella, la encuentra inalterada; de lo contrario habrá perdido en la broma más de lo que la broma valía. De este modo, la envidia puede ganar un espacio incluso en una época inspirada. Sí, aun una época menos inspirada, pero que todavía es capaz de darle carácter a la envidia y sabe cómo expresarla, puede todavía tener su propia, si bien peligrosa, importancia. Así, por ejemplo, el ostracismo en Grecia fue una expresión de envidia, una especie de defensa contra la excelencia mediante el equilibrio. Se practicaba la envidia entonces, pero siendo plenamente concientes de sus implicancias dialécticas: que el ostracismo era una señal de excelencia. Por lo tanto, en la representación de una época anterior de Grecia, se adecua al irónico espíritu de Aristófanes, el mostrar a un hombre extremadamente insignificante como exiliado por el ostracismo[17]. Esta ironía

[17] Esto aconteció a Hipérbolo, y es narrado por Plutarco: "desacordaban entre sí Alcibíades y Nicias, que eran los de mayor influjo en la ciudad, y cuando el pueblo iba a echar la concha, sabiendo los unos de los otros a quién iban a escribir en ella, se confabularon por fin ambos partidos, y, de común convenio, trataron de desterrar a Hipérbolo. Reflexionó luego el pueblo, y creyendo desacreditado y afrentado aquel medio político, lo dejó y abolió para siempre". Plutarco, *Vidas Paralelas* (Ed. Iberia, Barcelona,1959) t. II, pág. 139. (N. del T.)

sería incluso más cómica que la de irónicamente elevar al mismo hombre al rango de gobernante, justamente porque el exilio bajo el ostracismo ya es la expresión negativa de la excelencia; por lo mismo sería más cómico aún terminar todo irónicamente con el pueblo exigiendo el regreso del exiliado sin el cual no podían vivir, lo que sería un total enigma para aquellos entre los cuales el hombre vivía su exilio, ya que no habrían descubierto nada de excelencia en él. En "Los Caballeros" Aristófanes retrata el final estado de putrefacción, cuando la plebe culmina, tal como se reverencia el excremento del Dalai Lama, adorando las heces de la sociedad, una relación que en su degeneración corresponde a una democracia poniendo el poder imperial en subasta. Pero mientras la envidia todavía posee carácter, el ostracismo es una distinción negativa. El hombre que dijo a Arístides que votaba a favor de su exilio "porque no podía soportar que Arístides fuese llamado el único hombre justo"[18], él no negó a Arístides la excelencia, sino que reconoció algo acerca de sí mismo: que en lugar de reconocer la excelencia mediante la feliz admiración, la reconoce mediante la infeliz envidia, pero no la minimizó.

Pero mientras más dominante se vuelve la reflexión generando indolencia, más peligrosa se vuelve la envidia, porque no tiene el carácter necesario para volverse

[18] Plutarco narra esto en los siguientes términos: "Estaban en esta operación de escribir las conchas, cuando se dice que un hombre del campo, que no sabía escribir, dio la concha a Arístides, a quien casualmente tenía a mano, y le encargó que escribiese Arístides; y como éste se sorprendiese y le preguntase si le había hecho algún agravio: <Ninguno –respondió–, ni siquiera lo conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llamen el justo>". *Ibid.* (N. del T.)

conciente de su propio significado. Desprovista de carácter, se relaciona con los distintos eventos con ambigua cobardía, reinterpreta la misma expresión de los más variados modos, buscando primero que sea una broma; cuando esto falla, busca interpretarlo como un insulto; y cuando fracase esto, dirá que no significaba nada, que pretendía ser divertida; al fracasar, dirá que tampoco es eso lo que buscaba decir, que se trataba en realidad de una sátira ética de la que ciertamente hay que preocuparse; cuando finalmente esto también fracase, dirá que no era nada, que no debe importarle a nadie. La envidia se constituye como el principio de la falta de carácter, que desde la miseria se va asomando hasta ser algo, pero siempre cubriéndose, afirmando que no es nada. La envidia de la falta de carácter no entiende que la excelencia es excelencia, no entiende que ella misma es un reconocimiento negativo de la excelencia, sino que busca degradarla, disminuirla, hasta que ya no sea excelencia; y la envidia no sólo se levanta contra la excelencia existente, sino también contra la que está por venir.

La envidia en proceso de establecerse es la nivelación, y mientras que una época apasionada acelera, eleva y derriba, levanta y oprime, así una época reflexiva y desapasionada hace lo contrario, ahoga y frena, nivela. Nivelar es una tranquila abstracta ocupación matemática, que evita toda agitación. Si bien un fugaz encenderse en entusiasmo puede cobardemente querer una calamidad, sólo para conocer las fuerzas de la existencia, ese disturbio no ayuda más a su sucesor, la apatía, que lo que ayuda a un ingeniero de la nivelación. Tal como un alzamiento que está en su cúspide es como una erupción volcánica en que no se oye ni la propia voz: así es la nivelación en su

cúspide, como una tranquilidad sepulcral en la que se oye hasta la propia respiración; una tranquilidad sepulcral, en la que nada se puede levantar, sino que todo se hunde en ella, impotente.

A la cabeza de una revolución se puede colocar un individuo, pero a la cabeza de la nivelación no se puede colocar a ningún individuo, pues sobresaldría y escaparía a la nivelación. El individuo puede en su círculo contribuir a la nivelación, pero ésta es una fuerza abstracta, y la nivelación es el triunfo de la abstracción sobre los individuos. La nivelación es el equivalente reflexivo de la modernidad a la idea de destino en la Antigüedad. La dialéctica de la Antigüedad se orientaba hacia lo sobresaliente (primero el gran individuo –luego la multitud; un hombre libre –y luego los esclavos); el Cristianismo hasta ahora se ha orientado dialécticamente en dirección a la representación (la mayoría se ve a sí misma en el que representa, se ve liberada en la certeza de que es a ellos a quienes representa, en una especie de conciencia de sí mismo); la época presente se orienta dialécticamente hacia la igualdad, y su implementación más consecuente, si bien errada, es la nivelación, como negativa unidad de la negativa reciprocidad de los individuos.

Cualquiera puede ver que la nivelación tiene su profundo significado en la primacía de la categoría de generación por sobre la categoría de individualidad. Mientras que en la Antigüedad la multitud casi existía para determinar cuánto valía el individuo excepcional, hoy el mercado ha cambiado tanto que casi se puede cambiar una cierta cantidad de personas por un individuo: de tal modo que sólo se trata de conseguir el número correcto y ya se adquiere importancia. En la

Antigüedad la persona en la multitud no tenía relevancia, era el individuo singular el que valía por todos; la época presente tiende hacia una igualdad matemática, de modo que en todas partes tantas y tantas personas equivalgan a un individuo excepcional. El excepcional se lo permitía todo, el de la multitud nada; ahora se comprende que tantos y tantos hacen un individuo y, consecuentemente, se amontona gente (lo llamamos reunirse, pero eso es un eufemismo) en relación con lo más insignificante. Incluso para tener una idea hay que juntar a algunos y, entonces, se la tiene. Es decir, ¡entonces se atreve uno a tenerla! De esto resulta finalmente que ni siquiera el mejor dotado es capaz de liberarse de la reflexión, ya que incluso en lo que se refiere a lo más insignificante, sólo se puede sentir como una fracción y olvida así la infinita liberación de la existencia religiosa. Incluso si un pequeño grupo de personas tuviera el coraje para enfrentar la muerte, en nuestra época eso no significaría que cada uno de ellos tenga el coraje para hacerlo individualmente, porque aquello que el individuo temería más que a la muerte sería el juicio que la reflexión cargue sobre él, las objeciones que la reflexión pondría a su deseo de atreverse a algo como individuo. El individuo ya no pertenece a Dios, ni a sí mismo, ni a su amada, ni a su arte, ni a su ciencia; no, tal como un peón pertenece a una hacienda, así el individuo sabe que está perteneciendo a una abstracción, en la que la reflexión lo subordina. Si un grupo de personas en nuestra época decidiera, cada uno por su parte, dar toda su fortuna a una buena causa: de esto no se seguiría que el individuo se pudiera decidir a hacerlo y, nuevamente, no porque se vea irresoluto en

cuanto a perder su fortuna, sino porque teme más al juicio de la reflexión que a la pobreza. Si diez se unieran hoy para declarar la incontrarestable y completa validez del enamoramiento, o la ilimitada justificación, sin consideración alguna, del entusiasmo; de esto no se seguiría que cada uno de los diez esté en condiciones de hacerlo, porque aman más el juicio de la reflexión que la bienaventuranza del amor o el dar testimonio del entusiasmo con su propio espíritu[19] –por eso se reúnen de a diez para realizar algo que es contradictorio hacer en un número mayor a uno. El endiosado principio positivo de la sociabilidad es en nuestra época justamente lo que consume, lo que desmoraliza, lo que en la esclavitud de la reflexión convierte incluso las virtudes en *vitia splendida*[20]. ¿Y de dónde puede provenir esto, si no es de que se olvide la separación del individuo religioso ante Dios en la responsabilidad de la eternidad? Cuando comienza, pues, el espanto, se busca consuelo en la compañía y, entonces, la reflexión captura al individuo por toda la vida. Y quienes ni siquiera vieron el comienzo de esta crisis, éstos caen irremediablemente en la relación de reflexión.

La nivelación no es la obra de un individuo, sino un juego de reflexión en manos de un poder abstracto. Tal como se calcula la diagonal en un paralelogramo de fuerzas, así se puede calcular también la ley de la nivelación. Porque el individuo que nivela a otros

[19] *Cf.* Romanos 8:16 (N. del T.)

[20] Vicios espléndidos. En latín en el original. Es común en el período patrístico referirse a las virtudes de los paganos como 'vicios espléndidos'. (N. del T.)

también es arrastrado, y así sucesivamente. Mientras que el individuo sostiene en forma egoísta saber lo que está haciendo, es justo decir que ninguno sabe lo que está haciendo. Porque tal como la unanimidad en entusiasmo resulta en algo más que no es del individuo, así también un algo más emerge aquí. Se levanta un demonio que ningún individuo puede controlar; y si bien el individuo en forma egoísta disfruta de la abstracción en el breve instante de la nivelación, así está firmando el decreto de su propia perdición. El avance del entusiasmo podría terminar con su perdición, pero el triunfo de la nivelación es *eo ipso* su perdición. Ningún período, ninguna época, tampoco, por tanto, la época presente, puede detener el escepticismo de la nivelación, porque en el mismo momento del intento, volverá a mostrar cuál es su ley. Sólo puede ser detenida cuando el individuo, en forma individual, conquista la intrepidez de lo religioso. Vi en una ocasión una pelea en la que tres hombres de modo vergonzoso golpeaban a un cuarto. La multitud los miraba con indignación; la murmurante irritación comenzaba a moverlos a la acción: entonces se reunió un grupo de la multitud y atacó a uno de los tres asaltantes, lo arrojó al suelo, etc. Los vengadores desarrollaron la misma ley que los asaltantes. Si se me permite referirme a mí mismo, terminaré de contar la historia. Me aproximé a ellos e intenté explicar a uno de los vengadores lo inconsecuente de su actuación, pero al parecer le era imposible involucrarse en algo semejante, por lo que sólo me respondió: "lo merecía, ¡un sinvergüenza como ése golpeando tres contra uno!" Esto debe resultar cómico para aquél que no oyó el comienzo y ahora escucha que

un hombre dice de otro: "él (el que está sólo) pelea tres contra uno", y lo oye precisamente en el momento en que se da la situación inversa, en que son tres contra él. Lo primero sería una cómica contradicción del mismo modo como cuando "un guardia dice a un hombre solitario: les ruego dispersarse"; lo segundo es cómico como contradicción de sí mismo. Lo que en cambio comprendí es que era mejor para mí abandonar la esperanza de cambiar este escepticismo, no fuera que se llegue a practicar sobre mí.

Ningún hombre particular (el excelente en razón de eminencia y de la dialéctica del destino) podrá detener la abstracción de la nivelación, porque ésta es negativamente superior y la época de los héroes ha pasado. Ninguna asamblea podrá detener la abstracción de la nivelación, porque en el contexto de la reflexión la asamblea misma está al servicio de la nivelación. Ni siquiera la individualidad nacional estará en condiciones de detenerla, pues la abstracción de la nivelación se relaciona a una más alta negatividad: la pura humanidad. La abstracción de la nivelación, esta espontánea combustión del género humano, que existe por la fricción que se produce al olvidar la separación de la interioridad religiosa, se quedará con nosotros, tal como se dice de un viento que lo consume todo; pero por obra de ella los individuos, cada uno por su cuenta, nuevamente pueden ser ganados religiosamente y en el más elevado sentido pueden adquirir lo esencialmente religioso mediante el *examen rigorosum*[21] de la nivelación. Para el hombre joven, sin importar cuán

[21] Examen inflexible. En latín en el original. (N. del T.)

firmemente adhiera a lo que considera excelente, que desde el comienzo comprenda que la nivelación es lo que el individuo y la generación egoísta entienden por maldad[22], pero que también puede ser el punto de partida para una vida más elevada, especialmente para el que honestamente lo desee ante Dios –para él será verdaderamente educativo vivir en la época de la nivelación. La contemporaneidad será para él en el más elevado sentido educativa tanto en lo religioso como en lo estético y lo intelectual, ya que lo cómico se hará demasiado evidente. Pues lo más altamente cómico es justamente ver al individuo clasificado bajo la infinita abstracción de pura humanidad, sin que quepa ninguna categoría intermedia, ya que todas las concreciones comunales de la individualidad, que por su relatividad reducían lo cómico y daban relativo *pathos*, han sido aniquiladas. Pero esto es nuevamente la expresión de que la salvación sólo puede llegar recuperando lo esencial de lo religioso en el individuo singular. Y lo fortalecerá saber que es justamente el error el que le ha abierto, si lo desea con magnanimidad, las puertas hacia lo más elevado. La nivelación permanecerá con nosotros; debía llegar, tal como el escándalo debía llegar al mundo, pero ay de aquél por el que llega[23].

Es común oír que una reforma debe comenzar con cada uno reformándose a sí mismo; pero esto no ha sucedido, porque la idea de una reforma ha dado nacimiento a la idea de un héroe, el que quizás ha recibido de Dios, a un precio

[22] *Cf.* Génesis 50:20 (N. del T.)

[23] *Cf.* Mateo 18:6-7, Marcos 9:42, Lucas 17:1, I Corintios 8:9 (N. del T.)

muy elevado, el derecho a ser el héroe. Uniéndose directamente a éste, algunos individuos conseguirán a un mejor precio lo que tenía un costo elevado; sí, a un buen precio, pero no alcanzarán lo más elevado. La abstracción de la nivelación, en cambio, es un principio que, como el viento del este, no establece vínculos estrechos, sino sólo el vínculo de la abstracción, que es igual para todos. Ningún héroe sufre entonces por los otros o ayuda a los otros, sino que la nivelación misma es la enérgica maestra que toma sobre sí la tarea. Y aquél que aprende mejor la lección no llega a ser un hombre de excelencia, un héroe que impide la nivelación, la que es consecuente hasta el final, sino que él mismo se impide esto, ya que ha comprendido el significado de la nivelación; no, se conforma sólo con llegar a ser un hombre de verdad, en el sentido completo de igualdad. Ésta es la idea de lo religioso. Pero la tarea es exigente y la retribución aparentemente pequeña; aparentemente, porque si el individuo no se quiere conformar con ser sí mismo en lo esencial de lo religioso ante Dios, si no se quiere conformar con gobernar sobre sí mismo en lugar de gobernar al mundo, si no quiere conformarse como sacerdote con ser su propia audiencia, como autor con ser su propio lector, etc., si no quiere aprender a entusiasmarse con esto como lo más elevado, que significa igualdad ante Dios y con todos: entonces no se verá liberado de la reflexión; entonces, con todos sus talentos, creerá por un momento que es él quien realiza la nivelación, hasta que se vea abatido por ésta. Ya no ayudará anunciar o apelar a un Holger Danske[24] o a un

[24] Héroe popular danés al que por primera vez se canta el poema medieval francés *Ogier le Danois*. (N. del T.)

Martín Lutero, la época de ellos ha pasado; es precisamente la indolencia de los individuos la que con miserable impaciencia pide recibir a un bajo costo y de segunda mano lo más elevado, lo que de primera mano tiene un precio más alto. No ayuda fundar sociedad tras sociedad, ya que algo negativamente más elevado se introduce en ellas, algo que el miope hombre de sociedad ni siquiera puede ver. El principio de individualidad en su forma inmediata y bella prefigura a la generación en el individuo excepcional, el sobresaliente, y permite que los individuos subordinados se agrupen en torno al que los representa. El principio de individualidad en su verdad eterna utiliza la abstracción de la generación y la igualdad como niveladores y así desarrolla religiosamente al individuo que coopera, hasta convertirlo en un ser humano esencial. Porque la nivelación es tan poderosa respecto de lo temporal como impotente respecto de lo eterno. La reflexión es una trampa en la cual uno cae, pero con el salto entusiasta de lo religioso la relación cambia y la trampa nos catapulta a los brazos de lo eterno. Y la reflexión ha sido y sigue siendo el más inflexible acreedor de la existencia; astutamente hasta aquí ha comprado las más variadas visiones de mundo, pero la esencial visión de mundo de la eternidad, que posee lo religioso, no la puede adquirir; en cambio, puede tentar con las destellantes ilusiones de todo lo demás, puede desesperar con las reminiscencias de todo lo demás. Pero con el salto hacia las profundidades el individuo aprende a ayudarse a sí mismo, aprende a amar a los demás como a sí mismo, aunque sea acusado de arrogancia y orgullo –por no aceptar ayuda– o de egoísmo –por no haber querido engañar a otros ayudándolos. Si alguien desea argumentar que lo que hasta aquí he dicho lo puede decir cualquiera, entonces mi respuesta es

ésta: cuantos más, mejor. No busco sobresalir y no tengo nada en contra de que todos lo sepan, salvo que el ser esto sabido por todos y el poder esto ser dicho por todos significara que a mí me fuera quitado y entregado a la negativa comunidad. Si sólo se me permite retener esto, a mis ojos no se verá depreciado al ser por todos conocido.

La tendencia básica de la época moderna ha sido por largo tiempo hacia la nivelación, mediante numerosos trastornos, los que, sin embargo, no fueron verdadera nivelación al no ser suficientemente abstractos; todos tenían una concreción en la actualidad. Una nivelación aproximada se puede lograr por un choque de sobresalientes, en el que ambos se ven debilitados; o se puede producir una aproximación a la nivelación cuando alguien sobresaliente neutraliza a otro sobresaliente; o bien la podemos encontrar cuando se unen los más débiles para llegar a ser tan fuertes como el más sobresaliente; se puede nivelar en forma aproximada a través de una clase social, por ejemplo, mediante los sacerdotes, los burgueses, los campesinos, por el mismo pueblo: pero todo esto sólo son movimientos de la abstracción dentro de concreciones individuales.

Para que realmente llegue a existir nivelación, primero debe levantarse un fantasma, el espíritu de la nivelación, una monstruosa abstracción, un algo que lo abarca todo pero es nada, un espejismo –este fantasma es el público. Sólo en una época desapasionada, pero reflexiva, puede levantarse este fantasma; esto sucede con la ayuda de la prensa, cuando ésta misma se vuelve una abstracción. En épocas entusiastas, en épocas apasionadas y tumultuosas, incluso cuando un pueblo quiere actualizar la idea de un desierto estéril, destruyendo y desmoralizando todo: esto

todavía no es un público. Ahí aún hay partidos y hay concreciones. En épocas como ésas la prensa adoptará el carácter de concreción en relación a la división. Pero tal como profesionales sedentarios son particularmente inclinados a desarrollar ilusiones, así una época desapasionada, sedentaria, reflexiva, cuando la prensa, si bien es débil, es lo único que parece tener vida en medio de la mortandad, desarrollará este fantasma. El público es el verdadero maestro de la nivelación, porque cuando hay una nivelación aproximada, aún hay alguien que nivela, pero el público es una monstruosa nada.

El público es un concepto que ni siquiera podría haber existido en la Antigüedad, porque incluso el pueblo se veía obligado a aparecer *en masse*[25] *in corpore*[26] en la situación de acción, se veía obligado a cargar con la responsabilidad de lo hecho por los individuos que lo componían, mientras que el individuo, por su parte, tenía que aparecer como tal sujeto determinado y comparecer ante el consejo para recibir aprobación o reprobación. Sólo cuando se carece de una fuerte vida comunal que dé cuerpo a la concreción, entonces la prensa creará este público abstracto, compuesto de individuos insustanciales que jamás se unen o podrán ser unidos en la simultaneidad de una situación u organización y que, sin embargo, se sostienen como un todo. El público es un cuerpo, más numeroso que todos los pueblos juntos, pero este cuerpo nunca puede ser un modelo; en efecto, no puede tener un sólo representante, ya que él mismo es una abstracción.

[25] En masa. En francés en el original. (N. del T.)
[26] En cuerpo. En latín en el original. (N. del T.)

Sin embargo, cuando la época es desapasionada, reflexiva y destructora de todo lo concreto, el público viene a ser el que lo cubre todo. Pero esta relación es una vez más justamente la expresión que señala que el individuo es entregado a sí mismo.

La contemporaneidad con personas reales, cuando cada una de ellas es algo, en un instante real y una situación real, fortalece al individuo. Pero la existencia de un público no crea ni una situación ni una comunidad. El individuo que lee no es un público. Pero poco a poco más individuos leen, quizás finalmente todos; pero esto no es contemporaneidad. Un público puede tomar días o años para reunirse; pero una vez reunido, no por eso llega realmente a existir. La abstracción que los individuos en forma paralogística crean, aliena a los individuos en lugar de ayudarlos. La persona que en una contemporaneidad real en un instante y una situación real no tiene una propia opinión, adopta la opinión de la mayoría y, si es algo más luchador, la de la minoría. Pero la mayoría y la minoría, corresponde recordar, son personas reales, y eso es lo que fortalece en la unión con ellas. El público, en cambio, es una abstracción. Adoptar la misma opinión que otras personas significa estar al tanto de que se corre los mismos riesgos que ellos, que ellos sufrirán con uno las consecuencias si la idea es errónea, etc. Pero adoptar la misma opinión que un público es un engañoso consuelo, ya que un público sólo existe *in abstracto*[27]. Jamás una mayoría ha estado tan segura de estar en lo cierto

[27] En abstracto. En latín en el original. (N. del T.)

y de tener la victoria como lo está el público, pero esto no es consuelo para el individuo, ya que el público es un fantasma que no permite ninguna aproximación personal. Si alguien adopta hoy la opinión del público y mañana es abucheado, entonces es abucheado por el público. Una generación, un pueblo, una asamblea, una sociedad, un hombre, aún tienen la responsabilidad de ser algo, conocen la vergüenza de la inconstancia y la infidelidad, pero un público sigue siendo un público. Un pueblo, una asamblea, una persona, pueden cambiar de tal modo que uno puede decir: ya no es el mismo; pero el público puede llegar a ser lo opuesto y, sin embargo, seguir siendo lo mismo: un público. Pero el individuo será educado (si es que no ha sido educado ya en su propia interioridad) precisamente mediante esta abstracción y esta abstracta represión, si es que ésta no lo destruye antes, para así en el más elevado sentido religioso conformarse al poseer una relación con Dios, en lugar de una acomodación con el público que destruye todas las concreciones comunales de la individualidad; aprenderá a estar en paz consigo mismo ante Dios, en lugar de contar cuántos se reúnen. Y ésta es la diferencia absoluta entre la época moderna y la Antigüedad: que el total no es algo concreto, que sirve de apoyo, que educa al individuo aunque no lo forma por completo, sino una abstracción que en su alienante y abstracta igualdad lo ayuda a educarse totalmente –si no lo destruye. Lo desconsolador de la Antigüedad era que el hombre de excelencia era aquéllo que los demás no podían ser; ahora lo alentador será que aquél que religiosamente se gane a sí mismo, logrará ser lo que todos pueden ser.

El público no es un pueblo, ni una generación, ni una época, ni una congregación, ni una asociación, ni tales personas determinadas, puesto que todos éstos son lo que son gracias a la concreción; porque nadie de los que pertenecen a un público se encuentra realmente vinculado a algo. Quizás pertenezcan al público por algunas horas, en esas horas en que no son nada, porque en aquellas horas en que son tal individuo determinado, no pertenecen al público. Compuesto por esta clase de sujetos, por individuos en aquellos momentos en que no son nada, el público es un algo colosal, un vacío abstracto y abandonado, que es todo y nada. Sobre esta base cualquiera puede presumir de tener un público. Tal como la Iglesia Romana quiméricamente se extendía designando obispos *in partibus infidelium*[28]: así el público es algo que cualquiera puede arrogarse, incluso un marinero ebrio, exhibiendo un "catalejo"[29]. Y siendo dialécticamente consecuente, el marinero ebrio tendrá el mismo derecho a ello como el más excelente de los hombres; tendrá el mismo derecho a colocar todos estos ceros[30] ante su propia figura, la del número uno. El público lo es todo y nada, el más peligroso de todos los poderes y el más desprovisto de sentido. Se puede hablar a toda una nación en nombre del público y, sin embargo, el público vale menos que una sola persona real. El público es la ilusión de la reflexión, que bromeando ha vuelto engreí-

[28] En países no católicos. En latín en el original. (N. del T.)

[29] Referencia al autor danés Henrik Hertz, *Perspektivkassen* (El Catalejo). (N. del T.)

[30] En muchas lenguas nórdicas el término "un cero" equivale a nuestra expresión "un don nadie". (N. del T.)

dos a los individuos, porque cualquiera se puede atribuir esta monstruosidad, al lado de la cual las concreciones de la realidad se ven pobres. El público es la leyenda de una época de sensatez, que hace a los individuos fantásticamente[31] superiores a un rey; pero el público es, una vez más, aquéllo por lo cual los indviduos serán religiosamente educados –o destruidos.

La abstracción de la prensa (porque un periódico, un informativo, no son una concreción política y sólo son individuales en un sentido abstracto) junto con la reflexión y falta de pasión de la época, engendran el fantasma de la abstracción: el público, que es el verdadero nivelador. También esto, dejando de lado su significado negativo para la religiosidad, puede tener su importancia. Pero mientras más faltan ideas en una época, tanto más queda exhausta por los destellos de entusiasmo y descansa en la indolencia; incluso si imagináramos que la prensa se volverá cada vez más débil, porque ningún acontecimiento, ninguna idea sacude a la época: tanto más fácil será que la nivelación se vuelva un deseo decadente, un estímulo que llama la atención por un momento para luego hacer más desagradable el mal, más difíciles las condiciones de salvación, y mayor la posibilidad de la destrucción. Frecuentemente se ha descrito la desmoralización de las monarquías o la decadencia de épocas revolucionarias, pero la decadencia de una época desapasionada es igualmente degenerada, si bien, producto de la ambigüedad, es

[31] Por fortuna, como autor jamás he buscado tener un público, sino que alegremente me he conformado con "aquel individuo". Producto de esta restricción, casi me he convertido en un proverbio.

menos sorprendente. Meditar sobre ello puede, pues, tener su interés y relevancia. En esta laxa indolencia, más y más individuos aspirarán a ser nada –aspirarán a ser público, ese todo abstracto que ha sido educado de acuerdo a esta ridícula concepción: que el participante se convierta en tercera parte. Esta apática multitud, que por sí sola no comprende nada ni realiza nada, este público de galería buscará luego una distracción y se entregará entonces a la ilusión de que todo lo que se realiza, es realizado para que exista algo sobre lo cual charlar. La laxitud toma entonces asiento, cruza sus piernas, y cada hombre que trabaja, el rey, el funcionario público, el maestro, el más inteligente de los periodistas, el poeta y el artista, todos éstos se estiran, para lograr arrastrar a esta laxitud que cree que los demás son caballos. Si tuviera que imaginar este público como una persona (porque si bien individuos superiores por momentos pertenecen al público, tienen en sí mismos una concreción organizada, que los sostiene, aunque no alcancen lo más elevado de lo religioso), pensaría en algún emperador romano. Una figura imponente y bien alimentada, que sufre de aburrimiento y que por tanto sólo desea la sensación de la risa, porque el divino don del ingenio no es suficientemente mundano. Así se arrastra esta persona buscando variedad, más laxo que cruel, pero negativamente dominante. Todo el que haya leído autores antiguos sabe las cosas que era capaz de inventar un emperador para acortar el tiempo. Del mismo modo, el público se busca un perro con fines de distracción[32]. Este perro es la

[32] Aquí comienzan las alusiones a *El Corsario*, que será el perro en la parábola. (N. del T.)

parte despreciable del mundo literario. Si se asoma alguien mejor, quizás alguien excepcional, se le arroja el perro, y comienza la distracción. El perro le arranca la cola del frac, realiza todo tipo de pícaras travesuras –hasta que el público se aburre y dice: he tenido suficiente. Entonces el público ya ha nivelado. El mejor, el más fuerte ha sido maltratado –y el perro, sí, el perro sigue siendo un perro al que incluso el público desprecia. De este modo, la nivelación se realiza mediante un tercero. El público, que es una nada, nivela mediante un tercero que, despreciado por el público, estaba más que nivelado y era menos que nada. Y el público no se arrepiente, ya que no fue el público –fue el perro; tal como se dice a un niño: fue el gato el que lo hizo. Y el público no se arrepiente, ya que no fue algo realmente vergonzoso –sólo un poco de distracción. Si el instrumentalizado para la nivelación tuviese una inteligencia excepcional, el público indolente sería engañado, ya que el instrumento de nivelación nuevamente sería para ellos un factor de perturbación. Pero si se logra mantener al mejor abajo a través del desprecio, y al desprecio abajo mediante sí mismo: esto será la remuneración de la nada. Y el público no se arrepiente, ya que ellos en realidad no son dueños del perro, sólo subscriptores; ellos tampoco lo arrojaron sobre el sobresaliente, ni lo llamaron de vuelta. En caso de litigio dirán: el perro no es mío, no tiene dueño; y si fuera llevado a la perrera para ser eliminado, todavía el público podría decir: ciertamente es bueno que este perro haya sido eliminado, es lo que todos queríamos –incluso los subscriptores.

Quizás exista alguien que estudia esta situación, inclinado a ver qué es lo que ha sucedido al hombre sobresaliente que sufrió el maltrato y, acaba opinando que se le ha causado un

gran daño. Este análisis no lo puedo compartir, porque aquél que quiere ser ayudado a alcanzar lo más elevado obtendrá beneficio justamente al pasar por esto, e incluso debería desearlo, si bien otros se pueden conmover a causa de su situación. No, lo terrible no es esto, sino la idea de la cantidad de vidas humanas que se pierden o se pueden perder. Ni siquiera quiero mencionar a aquéllos que se pierden o que son llevados a perderse jugando el papel del perro a causa del dinero. Prefiero referirme a quienes no tienen raíces, a los superficiales, los sensuales , que en reluciente indolencia no reciben una impresión más profunda de la existencia que estas sonrisas estúpidas y sin sentido; todos los insensatos que son conducidos a una nueva tentación ya que en su propia limitación creen adquirir importancia al mostrar compasión por el agredido, sin darse cuenta de que en una relación de esta índole el más fuerte es el agredido, sin darse cuenta de que aquí es terrible e irónicamente apropiado decir: no lloréis por él, llorad por vosotros mismos[33].

Este es el modo más bajo de nivelación, ya que siempre responde al denominador por el cual todos son hechos iguales: en ese sentido también la vida eterna es un tipo de nivelación; pero al mismo tiempo no lo es, porque su denominador es: ser esencialmente humano en sentido religioso.

* * *

Desde estas dialécticas determinaciones categoriales y sus consecuencias, sean o no reales en el momento

[33] *Cf.* Lucas 23:28 (N. del T.)

presente, desde una consideración dialéctica sobre la época presente, me muevo ahora hacia una consideración sobre los atributos concretos con que se refleja la época presente en la vida doméstica y social, tal como es retratada en la novela. Aquí se mostrará el lado sombrío y, aunque su facticidad no admite ser negada, también es cierto que dado que la reflexión misma no es el mal, una época reflexiva también posee su lado luminso, precisamente porque gran cantidad de reflexión es condición para un mayor significado que el de una pasión inmediata. Es condición para ello –cuando interviene el entusiasmo y lleva las fuerzas de la reflexión a la decisión; porque mucha reflexión entrega un mejor promedio de la inteligencia que es prerequisito para actuar– cuando la religiosidad interviene en el individuo y toma en sus manos estos prerequisitos. La reflexión no es lo perverso, sino la condición de la reflexión, el estancamiento de la reflexión, el abuso y la corrupción que transforman los prerequisitos en evasiones: éstos son los que producen la retrogresión.

La época presente es esencialmente sensata, desprovista de pasión, y por eso ha abolido el principio de no contradicción. De esta consideración se pueden deducir muchas consecuencias, las que el autor de la novela con refinado arte y elevado equilibrio ha sabido retratar en forma desinteresada. Porque el parecer del autor no se nos entrega en ningún lugar, él sólo reproduce el reflejo. En general debe decirse que una época reflexiva y desapasionada, comparada con una apasionada, gana en extensión lo que pierde en intensidad. Pero esta extensión puede volverse la condición de posibilidad para una forma más elevada, cuando una correspondiente intensidad vuelva a tomar el lugar de lo que extensivamente se encuentra a su disposición.

La expresión existencial de la abolición del principio de no contradicción es estar en contradicción con uno mismo. La omnipotencia creativa implícita en la absoluta pasión de la disyunción, que lleva al individuo a ser uno consigo mismo, es ahora transformada en la extensiva relación de reflexión: al saber todo y ser todo, se acaba estando en contradicción con uno mismo: se es nada. El principio de no contradicción fortalece al individuo en fidelidad a sí mismo, de modo que él, tal como ese número tres sobre el que tan dulcemente habla Sócrates y que prefiere soportarlo todo antes que ser un número cuatro[34] o un gran número redondo, él preferirá ser pequeño pero en fidelidad a sí mismo a ser todo tipo de cosas en contradicción consigo mismo.

¿Qué es charlar? Es la abolición de la apasionada disyuntiva entre callar y hablar. Sólo aquél que esencialmente sabe callar, puede esencialmente hablar, sólo aquél que esencialmente sabe callar, puede esencialmente actuar. El silencio es interioridad. La charla se anticipa a un hablar esencial y así la expresión de la reflexión debilita desde antes la acción. Pero aquél que sabe hablar esencialmente, porque sabe callar, él no tendrá multitud de cosas sobre las cuales hablar, sino sólo una; y él encontrará tiempo para hablar y tiempo para callar[35]. La habladuría gana en extensión: habla sobre todas las cosas y continúa incesantemente. Cuando en una época los individuos no están satisfechos con volverse hacia adentro en jovial tranquilidad, sino que en la relación de

[34] *Cf.* Platón, Fedón, 104 c. (N. del T.)
[35] *Cf.* Eclesiastés 3:7 (N. del T.)

reflexión buscan en lo externo y en los otros; cuando ningún gran acontecimiento ata los cabos sueltos en una acción común: entonces aparece la charla. Un gran acontecimiento da a las épocas apasionadas (porque lo uno corresponde a lo otro) algo sobre lo cual hablar; todos hablan acerca de lo mismo, los poetas cantan acerca de ello, las conversaciones sólo hacen eco de esto, los saludos de los que van de paso hacen observaciones sobre esto. Todo es uno y lo mismo. La charla, por el contrario, tiene también mucho sobre lo cual hablar, pero de otro modo. Cuando el gran acontecimiento ha pasado, cuando emerge el silencio, todavía hay algo que recordar, algo sobre lo cual pensar en silencio, mientras que una nueva generación habla sobre otras cosas. Pero la charla teme al instante del silencio, que hace evidente el vacío.

Aquella ley que rige la creación poética[36] es idéntica, en menor escala, a aquella ley que rige la vida social y la educación de cada persona. Cada uno que en forma primitiva experimenta algo, experimenta al mismo tiempo en la idealidad las posibilidades de lo mismo y las posibilidades de lo contrario. Estas posibilidades son la legítima pertenencia poética del individuo. En cambio, no son su personal realidad privada. Su hablar y su producir nacen, en efecto, del silencio. La perfección de su palabra y su producción corresponden al silencio y la

[36] En este párrafo Kierkegaard hace un esbozo de teoría estética, mostrándose contrario a la revelación de datos autobiográficos. Lo que hace el autor es escoger tanto de entre la idealidad de las posibilidades de lo que experimenta como de entre las posibilidades de lo contrario. Este texto constituye una seria advertencia a la multitud de interpretaciones biografistas de los escritos de Kierkegaard. (N. del T.)

expresión absoluta del silencio es que la idealidad contiene la posibilidad cualitativamente opuesta. Tan pronto como el productivo artista entrega en la obra su propia realidad, su facticidad, deja de ser realmente productivo; su comienzo será su fin y su primera palabra será una traición a la santa modestia de la idealidad. Una creación poética de esa índole viene a ser, desde el punto de vista estético, una especie de habladuría privada que es fácilmente reconocible por la ausencia de equilibrio de los opuestos. Porque la idealidad es el equilibrio de los opuestos. Aquél que, por ejemplo, llegó a ser productivo gracias a la infelicidad, si realmente es devoto a la idealidad, producirá con el mismo amor lo feliz como lo infeliz. Pero el silencio, con el cual protege su propia realidad, es precisamente la condición para ganar la idealidad; de otro modo, a pesar de intentos semejantes a poner la escena en África, etc., acabará por hacer pública su privada y unilateral preferencia. Porque un autor puede tener una personalidad privada como todo otro, pero ésta debe ser su ἄδυτον[37]; y tal como se cierra la entrada a una casa poniendo dos soldados con bayonetas cruzadas: así el equilibrio de la idealidad, a través de la cruz dialéctica de los opuestos cualitativos, enseña a mantener cerrada esa puerta y no permitir ninguna entrada.

Lo que conviene en esta situación general, y que ahí se muestra con claridad, conviene también a la situación menor, pues el silencio es también condición para la conversación culta entre un hombre y otro. Cuanta más

[37] Templo, santuario. En griego en el original. (N. del T.)

idealidad e ideas posea un hombre en el silencio, tanto más será capaz de hacer renacer su propia vida y la de quienes lo rodean de modo que parezca que sólo habla desde la distancia y sobre materias determinadas. La escasez de idealidad y el exceso de exterioridad transforman la conversación en una insignificante repetición de nombres y referencia a personas, repetición de información "muy confiable" sobre lo que tal y tal, mencionado por su nombre, ha dicho, etc., una habladuría que confiesa lo que uno quiere y no quiere, los propios planes, lo que se habría dicho en tal y tal ocasión, a qué muchacha se hace la corte, por qué uno prefirió no casarse, etc. La orientación del silencio hacia la interioridad es condición para una conversación culta; la charla es una externalización caricaturesca de la interioridad, es inculta. En la novela se encontrará innumerables ejemplos de este tipo de charla; son triviales insignificancias, pero siempre se menciona a las personas por su determinado nombre y sus insignificantes vidas sólo cobran sentido por llevar tal nombre. Como cuando Klokker Link cree haber hablado con Sophie, si bien ella no ha hecho otra cosa que decir "no"; así uno escucha largas conversaciones en que parece que se dijera algo, sólo porque se nombra nombres. El que charla, charla sobre algo, ya que se desea tener algo sobre lo cual charlar, pero este algo no es algo en el sentido de la idealidad, ya que entonces no se estaría charlando, sino conversando. Que el señor Madsen se ha comprometido y ha obsequiado a su amada un chal persa, que el poeta Petersen escribirá una nueva colección de poemas, que el actor Marcussen pronunció en forma errada una palabra en su actuación de ayer –todo esto sólo es algo en el trivial sentido de lo fáctico. Supongamos

que fuera dictada una ley que no prohibiera que las personas conversen, pero que sólo les permita conversar sobre aquéllo que aconteció hace cincuenta años: sería el hundimiento de los que charlan, desesperarían; en cambio, no causaría ninguna perturbación a quienes saben conversar esencialmente. Que un actor haya pronunciado en forma errada una palabra sólo puede interesar esencialmente si mediante ello el actor ha delatado algo relevante, y entonces será igualmente relevante si fue hace cincuenta años. Pero la señora Gusta, por ejemplo, desesperaría; ella, que estaba precisamente esa tarde en el teatro sentada en el palco junto a la señora Waller, que fue quien se percató del error y que incluso vio a otros actores riendo, etc. Realmente sería una pena y una gran crueldad contra todos estos charlatanes, los que también tienen que vivir; por eso esta ley sólo es un *posito*[38].

Mediante esta charla es abolida la distinción entre lo privado y lo público y se crea una habladuría público-privada. Porque el público es lo público, pero interesado en lo más estrictamente privado. Lo que nadie se atrevería a discutir en una asamblea, aquéllo sobre lo cual nadie conversaría, aquéllo sobre lo cual ni siquiera los charlatanes admitirían haber charlado: sobre ello se puede escribir para el público y es lícito saberlo en calidad de público.

¿Qué es la informidad? Es la abolición de la disyuntiva apasionada entre forma y contenido. Por esto, en contraste con la demencia y la estupidez, puede contener verdad, pero la verdad que contiene nunca es esencialmente

[38] Una suposición. En latín en el original. (N. del T.)

verdadera. Extensivamente puede expandirse en forma omniabarcante o vulnerándolo todo, en contraste con un contenido esencial que, al profundizar intensamente en sí mismo, tiene la pobreza, si se me permite hablar así, de su propia determinación.

En general la informidad, en una época reflexiva y desapasionada, se expresa no sólo mediante el flirteo con la más increíble diversidad, sino a través de su polo opuesto: una creciente inclinación a y deseo de actuar "por principio". El principio es, tal como dice la palabra, lo primero, lo substancial, la idea cuya forma aún no ha sido abierta por el entusiasmo y el sentimiento que por su fuerza interior impulsa al individuo. El desapasionado carece de esto; para él el principio pasa a ser algo externo, en razón de lo cual él hace lo uno y lo otro y lo opuesto. La vida del desapasionado no es un principio que se manifiesta y se desarrolla; por el contrario, su vida interior es algo precipitado que constantemente está al acecho, buscando algo que hacer "por principio". El principio en este sentido viene a ser algo monstruoso, abstracto tal como el público. Y tal como el público es algo tan monstruoso que ni todas las naciones puestas simultáneamente de pie, ni las almas de la eternidad son tan numerosas como él y, sin embargo, cualquiera, incluso el marinero ebrio, posee un público: así ocurre también con el principio. Es algo monstruoso, que hasta la persona más insignificante añade a la más insignificante de las acciones, volviéndose importantísimo ante sus propios ojos. Alguien astuto pero insignificante se vuelve repentinamente un héroe "por principio" y la relación se vuelve en el fondo tan cómica como si un hombre, o si fuera moda, todo hombre, cargara con una visera cuya pantalla

tuviese treinta metros de largo. Si un hombre "por principio" se dejara coser un botón en el bolsillo de su frac: entonces esta acción insignificante y deliberadamente cuidadosa recibiría un repentino significado –no sería extraño que se forme una sociedad por esta razón.

Justamente esto: "por principio" vuelve a abolir la apasionada disyuntiva del decoro. Porque el decoro se encuentra, como se ha señalado, en la inmediatez (sea la primera o la ganada[39]), en el sentimiento, en la fuerza interior del entusiasmo y la consecuencia interior con uno mismo. Por principio se puede hacer todo y resulta en el fondo indiferente, tal como la propia existencia se vuelve insignificante, aunque por principio se apoye todo lo que se hace llamar el requerimiento de los tiempos, aunque por principio, siendo funcionario estatal, uno se haga tan conocido como un *Träger der öffentlichen Meinung*[40] como aquéllos músicos que se acercan y rinden tributos con sus platillos de colección. Se puede hacer todo "por principio", participar de todo

[39] En obras anteriores Kierkegaard ha hecho extensas descripciones de diversos tipos de inmediatez, siendo quizás la más característica la correspondiente a la "pura inmediatez sensual", en un texto sobre Don Juan. En términos generales llama inmediatez a conducir la vida de acuerdo a lo directamente dado: situación social, época, lo instintivo, etc. El individuo puede distanciarse de lo inmediatamente dado mediante la reflexión, la ironía, etc., para finalmente ganar una segunda inmediatez, la fe, que es la que le permite determinar su existencia en un sentido distinto al de lo inmediatamente dado, pero sin caer en la actitud nihilista del ironista o en la indolencia del excesivamente reflexivo. En las últimas páginas de la presente obra Kierkegaard volverá sobre las distinciones entre una inmediatez primera y la segunda o "ganada". (N. del T.)

[40] Un representante de la opinión pública. En Alemán en el original. (N. del T.)

y, sin embargo, ser una indeterminación inhumana. Un hombre puede interesarse por principio en la construcción de un burdel (en efecto, existen numerosas declaraciones concernientes a la salud pública en este sentido) y el mismo hombre puede por principio interesarse en un nuevo libro de himnos, porque esto sería lo que requieren los tiempos. Y tal como sería injusto concluir de lo primero que el hombre fuera disoluto, sería quizás también irreflexivo concluir de lo segundo que el hombre quiera cantar o leer de tal libro de himnos. Así todo se vuelve lícito por principio; tal como la policía "en razón del deber" puede ingresar a muchos lugares donde otros no pueden y no se puede rechazar su presencia, del mismo modo todo se permite por principio, y se evita toda responsabilidad personal. Se destruye lo que uno mismo admira "por principio"[41], lo que es una necedad; porque lo naciente, lo creativo, es latentemente polémico, porque exige un lugar; pero lo destructivo no es nada y un principio de destrucción es vacío, ¿para qué exigiría un lugar? Entretanto la modestia, el arrepentimiento y la responsabilidad tienen dificultad para encontrar su lugar en esta manera de actuar; porque fue por principio.

¿Qué es la superficialidad, y este deseo: el deseo de exhibición? La superficialidad es la abolición de la disyuntiva apasionada entre la reserva y la revelación, es una revelación de lo vacío que, sin embargo, extensivamente gana con una ventaja farsante sobre la revelación esen-

[41] Este ejemplo se comenta en la novela, cuando uno de los personajes llama a uno de estos acontecimientos: mentira para ti y para mí.

cial, que sólo posee la ventaja uniforme de la profundidad, mientras que la superficialidad tiene la apariencia de algo y de todo. Y el deseo de exhibición es la ilusión de la reflexión enamorada de sí misma. La reserva de la interioridad no tiene tiempo para dejar que algo esencial se establezca en ella, algo que merezca ser revelado, sino que se enturbia antes de tiempo y, a modo de compensación, la reflexión egoísta busca que todos pongan sus ojos sobre ella, como en el caso de la señora Waller.

¿Qué es la galantería? Es la anulación de la disyuntiva apasionada entre amar esencialmente y ser esencialmente libertino. Ni aquél que ama esencialmente, ni el que es esencialmente libertino, son culpables de galantería, la que flirtea con la posibilidad. La galantería es una indulgencia al atreverse a hacer el mal y un abstenerse de hacer el bien. El actuar por principio también es galantería, ya que falsifica la acción moral convirtiéndola en abstracción. Pero extensivamente la galantería lleva ventaja, ya que se puede coquetear con todo, mientras que esencialmente sólo se puede amar a una joven; y una recta comprensión de lo erótico (si bien en una época perdida el deseo ciega al disoluto) indica que todo sumar es restar, y cuantas más se añade, más nos es arrebatado.

¿Qué es ser locuaz? Es la abolición de la disyuntiva apasionada entre subjetividad y objetividad. Como pensamiento abstracto la locuacidad no posee suficiente profundidad dialéctica; como opinión y convencimiento carece de rebosante individualidad. Pero extensivamente la locuacidad tiene una aparente ventaja; porque un pensador puede abarcar su campo de estudio, un hombre puede tener una opinión que corresponde a una determi-

nada materia, se puede estar convencido en razón de una determinada visión de mundo: pero el locuaz se refiere a todo.

La anonimidad tiene en nuestra época una importancia más profunda de lo que quizás se cree; tiene una importancia casi epigramática. No sólo se escribe anónimamente, sino que incluso se escribe anónimamente cuando se firma con el propio nombre; sí, se habla anónimamente. Tal como un autor concentra toda su alma en el estilo, así una persona concentra en forma esencial su personalidad en la conversación; pero esto debe ser comprendido con la restrictiva excepción expresada por Claudius en una situación semejante, cuando dice que al abrir un libro, nos encontramos con su espíritu –salvo que no tenga espíritu. Hoy en día se puede conversar con personas y hay que reconocer que sus opiniones son en sobremanera sensatas, mientras que la conversación sin embargo deja la sensación de haber estado hablando con una anonimidad. Un hombre puede decir las cosas más contradictorias y puede con tranquilidad decir cosas que, saliendo de su propia boca, son la más amarga sátira sobre su propia existencia. La expresión misma es muy sensata, podría ser dicha en una asamblea general, participar de una discusión en la cual se fabrica algo, tal como se fabrica papel a partir de harapos. Pero todas estas expresiones no alcanzan a formar un discurso humano personal, como aquél que puede llevar a cabo el más simple de los hombres, que puede hablar sobre muy poco, pero que sabe hablar. Lo que expresa la señora Waller respecto a lo demónico es muy cierto; sin embargo, en el instante de expresarlo parecía una anonimidad, una diletante. Las expresiones

se vuelven tan objetivas, su extensión tan omniabarcante, que finalmente se vuelve indiferente quién sea el que las expresa; una situación que en lo que se refiere a hablar humanamente, se corresponde perfectamente con el actuar por principio. Y así como el público es una mera abstracción, también el hablar humano se vuelve tal. Ya no hay nadie que hable, pero una reflexión objetiva va estableciendo un algo atmosférico; un ruido de la abstracción que vuelve superfluo el hablar humano, tal como las máquinas vuelven superfluos a los obreros. En Alemania ya se tiene manuales para los amantes, de modo que esto quizás acabará con las parejas sentadas hablándose anónimamente. Para todo se tiene manuales, y pronto la educación consistirá en tener un conocimiento acabado de mayor o menor parte de dichos manuales y, se será excelente en la medida en que se pueda recordar uno en particular, tal como en una tirada tipográfica la máquina escoge ciertas letras.

De modo que la época presente es fundamentalmente sensata y quizás ha poseído más conocimientos en promedio que cualquier época anterior, pero es desapasionada[42]. Cada uno sabe muy bien, como todos sabemos, qué caminos se deben seguir y cuáles son los caminos alternativos, pero nadie quiere ponerse en movimiento.

[42] Arnold, por ejemplo, está lejos de ser limitado en este sentido: por el contrario, es muy sensato. Pero lo es tal como lo puede ser un desempleado que no tiene nada en lo cual involucrarse en forma absoluta, y que por tanto se vuelve gracioso a causa del aburrimiento; se torna insolentemente desesperado por no poder ser gracioso, y engreído por la desesperación que le causa el no poder llamar la atención mediante su insolencia.

Si uno superase finalmente su propia reflexión y llegase a actuar, en el mismo instante miles de reflexiones le harían oposición desde afuera, porque sólo los llamados a seguir reflexionando son recibidos con destellos de entusiasmo; la acción, con indolencia. En su afectada autocomplacencia, algunos considerarán ridículo el entusiasmo del que actúa; otros se tornarán envidiosos porque él actuó, siendo que ellos sabían tan bien como él qué es lo que debía hacerse –y no obstante, no habían actuado. Otros sacarían provecho de la circunstancia de que uno actuó, para así tener oportunidad de hacer muchas observaciones críticas y entregar un stock de argumentos sobre cómo se podría haber actuado en forma más sensata; otros estarán ocupados en evaluar el resultado y posiblemente estarán intentando influenciar la empresa de acuerdo a sus propias hipótesis. Se cuenta de dos lores ingleses que mientras cabalgaban dieron con un desafortunado jinete a punto de caer de su caballo. Éste galopaba fuera de control y el jinete pedía auxilio. Uno de lo lores observó al otro, diciéndole: "cien guinéas a que cae"; "acepto", respondió el otro. Luego se apuraron para alcanzar a abrir los portones y quitar todos los obstáculos. Del mismo modo, si bien con menos heroísmo de millonario desganado, la sensatez de nuestra época es una personificación de alguien curioso, crítico e inteligente, pero con una pasión que a lo sumo alcanza para hacer apuestas. Las tareas existenciales de la vida han perdido el interés de la realidad, ninguna ilusión cuida del divino crecimiento de la interioridad para que madure hasta la decisión. Cada uno es curioso respecto del otro; todos esperan, indecisos y diestros en la evasión, que alguien haga algo –para así poder apostar al respecto.

Y en nuestra época, en la que tan poco se hace, se hace en cambio muchísimo en lo que respecta a producir profecías, apocalipsis, signos e ideas sobre el futuro. Así pareciera que no cabe más que sumarse, si bien tengo una ventaja sobre los demás y su pesada responsabilidad y apuro al profetizar: que puedo estar seguro de que nadie creerá en el cumplimiento de lo que yo profetizo. Por lo mismo, yo no sugiero que nadie marque determinado día con una cruz en el calendario, ni que nadie se moleste en darse cuenta de si esto se cumple o no. Pues si lo que yo profetizo llega a cumplirse, tendrán otras cosas en las cuales pensar en lugar de pensar en mi propio acierto. Y si no se cumpliera, entonces de cualquier modo seré un profeta en el sentido moderno, ya que el profeta moderno simplemente profetiza, nada más. Y eso se comprende, ya que en un cierto sentido, no hay nada más que un profeta pueda hacer. Porque era el Divino Gobierno[43] el que llevaba a cumplimiento los vaticinios de los profetas antiguos; nosotros los profetas modernos, careciendo del reconocimiento del Divino Gobierno, quizás podamos añadir un comentario como el de Tales[44]: lo que profetizamos o bien se cumplirá, o bien no se cumplirá, porque el Dios nos ha quitado también el don de la profecía.

[43] Kierkegaard no escribe "Divino Gobierno" ni "Providencia", sino simplemente "Styrelsen"; dicha expresión, que traducida es "el gobierno", es usualmente utilizada por Kierkegard para referirse a la Divina Providencia. (N. del T.)

[44] Kierkegaard, quien habitualmente cita en forma descuidada, atribuye erróneamente la cita a Tales de Mileto. La referencia correcta es Horacio, Sátiras, II, 5, 59; la frase es puesta en boca de Tiresias. (N. del T.)

No es, pues, ni remotamente probable que la idea de sociabilidad, de asociación, sea lo que salve a la época. Por el contrario ésta es el escepticismo necesario para lograr el desarrollo del individuo, ya que por ella cada individuo se pierde o bien, disciplinado por la abstracción, se gana religiosamente a sí mismo. En nuestra época el principio de asociación (que a lo sumo puede tener alguna validez en relación a intereses materiales) no es positivo, sino negativo; es una evasión, una disipación, una mentira cuya dialéctica es: en la medida en que fortalece a los individuos, los vicia; los fortalece numéricamente, agrupando, pero éticamente es un debilitamiento. No antes de que el individuo gane en sí mismo una postura ética a pesar del mundo, no antes de ello podrá hablarse en verdad de unir; de otro modo la unión de los que por sí solos son débiles se vuelve algo tan feo y depravado como el matrimonio entre niños. Antes el gobernante, el hombre de excelencia, el sobresaliente, tenían cada uno su propia opinión; los demás estaban tan asentados y decididos, que no se atrevían ni podían tener una opinión. Ahora cada uno puede tener una opinión, pero se agrupan para tenerla. Con veinticinco firmas apoyando la mayor estupidez se forma una opinión; la más profundamente pensada opinión de la mente más eminente es una paradoja. La opinión pública es algo inorgánico, una abstracción. Pero cuando el contexto se torna sin sentido, no ayuda hacer consideraciones a gran escala y resulta mejor considerar por separado las partes de lo que se dice; cuando la boca pronuncia pura cháchara no tiene sentido intentar un discurso coherente; es mejor considerar cada palabra por separado –y así acontece con la situación de los individuos.

El cambio también será el siguiente. Mientras que de acuerdo a las antiguas formas (de relación entre generación e individuo) los oficiales de bajo rango, los oficiales, los jefes de campaña, los generales y el héroe (los excelentes, los sobresalientes de acuerdo a su respectivo grado, los líderes) eran reconocibles y cada uno (de acuerdo a su propia autoridad) con su propio pequeño destacamento artística y orgánicamente encontraba su lugar en el todo, sosteniendo él al todo y siendo sostenido por éste: así los excelentes, los líderes (de acuerdo a su propio rango) ahora estarán sin autoridad; precisamente porque habrán comprendido el principio diabólico de la nivelación, serán ahora irreconocibles, tal como la policía actúa de civil, llevando sus distintivos ocultos, sosteniendo sólo en forma negativa –esto es, por repulsión, mientras que la infinita igualdad de la abstracción juzga a cada individuo, lo examina en su aislamiento. Esta formación es dialécticamente opuesta a la de los profetas y jueces; y tal como el peligro de éstos era que su autoridad no fuese respetada, así el peligro de los irreconocibles será el volverse reconocibles, caer ante la tentación de adquirir reputación e importancia como autoridad, con lo que quedarían fuera del más elevado desarrollo. Porque serán irreconocibles, como *geheime Agenter*[45], no porque hayan recibido una particular orden de Dios, ya que ésa es la condición de profetas y jueces, sino que serán irreconocibles (sin autoridad) como consecuencia de haber comprendido lo general en

[45] Agentes secretos. En alemán en el original. Kierkegaard se refiere en otras partes a sí mismo como a un espía al servicio de Dios. (N. del T.)

igualdad ante Dios; y también porque en cada instante comprenden esto con responsabilidad, lo que los guarda de caer en una distracción y hacerse culpables de una inconsecuente realización de las formas que consecuentemente han intuido. Esta formación es lo dialécticamente opuesto a aquélla organización en que la generación, representada en los excelentes, es la que sirve de soporte a los individuos; ya que ahora la generación, convertida en una abstracción, negativamente sostenida por los irreconocibles, se ha tornado polémicamente contra los individuos –en orden a salvar a cada uno de ellos religiosamente.

Cuando la generación, la que ha querido nivelar, ha querido emancipación y revolución, ha querido abolir la autoridad y a través de ello, en el escepticismo de la asociación, ha producido el desconsolador incendio forestal de la abstracción; cuando la generación a través de la nivelación, mediante el escepticismo de la asociación, ha eliminado a los individuos y todas las concreciones orgánicas; cuando ha puesto en su lugar la humanidad y la igualdad de las cifras entre un hombre y otro; cuando la generación se ha distraído un instante con la amplia vista del infinito abstracto, donde nada sobresale, ni el más mínimo estorbo, sólo "aire y mar": entonces comienza el trabajo, en el que el individuo tendrá que ayudarse a sí mismo. Porque no será como fue antes, cuando al sentir algo de vértigo el individuo podía buscar al más cercano de los sobresalientes para encontrar algo de orientación. Eso ya ha pasado; ahora o bien se perderán en el vértigo de la infinidad abstracta, o bien se salvarán infinitamente en la esencialidad de lo religioso. Muchos clamarán desesperados, pero esto no ayudará, será muy tarde. Así

como la autoridad y el poder han sido mal utilizados, trayendo sobre sí la némesis de la revolución; así son la falta de poder y la debilidad las que han querido levantarse sobre sus propios pies, y han traído ahora dicha némesis sobre sí mismas. Y ninguno de los irreconocibles se atreverá a ayudarlos abiertamente, a expresarse abiertamente, a enseñar abiertamente, a ir a la cabeza de la multitud (en lugar de sostenerlos negativamente ayudándolos a encontrar la misma capacidad de decisión que él mismo posee); ése sería su fin, ya que caería en la ingeniosa miopía de la compasión humana en lugar de obedecer las palabras de la Divinidad airada, pero tan llena de gracia; porque el desarrollo es un paso hacia adelante, porque cada individuo que sea salvado ganará el peso específico de la religiosidad, ganará su esencialidad de primera mano, de Dios. Entonces se dirá: "ved, todo está listo, ved cómo la crueldad de la abstracción torna evidente la vanidad de lo finito como tal, ved cómo el abismo del infinito se abre, ved cómo la afilada poda de la nivelación permite que todos, cada uno por su cuenta, salten sobre la hoja –ved, ¡Dios espera! Saltad hacia el abrazo de la Divinidad". Pero ni el más confiable de los irreconocibles los ayudará; ni a la mujer que lo llevó bajo su corazón, ni a la joven por la que felizmente habría dado la vida; tendrán que saltar por su propia cuenta para que el infinito amor de Dios no se convierta para ellos en una relación de segunda mano. Sin embargo, los irreconocibles (en relación a su respectivo rango) tendrán el doble de trabajo que los excelentes (del mismo grado) de una formación antigua; porque los irreconocibles tendrán que trabajar siempre –y al mismo tiempo trabajar para ocultar su trabajo.

Pero la desconsoladora abstracción de la nivelación seguirá avanzando en manos de sus siervos, para así evitar la vuelta a una formación anterior. Estos siervos de la nivelación son los siervos del poder del mal, porque la nivelación no proviene de la Divinidad; y cada buen hombre tendrá un instante para llorar sobre su desconsuelo, pero la Divinidad lo permite para lograr sacar de cada individuo lo más elevado. Los irreconocibles reconocen a los siervos de la nivelación, pero no se expondrán a utilizar contra éstos el poder o la autoridad, ya que eso marcaría un retroceso; porque en el mismo instante a un tercero se le haría evidente que el irreconocible es una autoridad y así a este tercero se le quitaría lo más elevado. Sólo por un acto de sufrimiento el irreconocible podrá contribuir a la nivelación, juzgando mediante el mismo acto al instrumento que ella utilice. No se arriesgará a desafiar abiertamente la nivelación; esto sería su fin, ya que eso sería actuar con autoridad. Pero la desafiará mediante el sufrimiento y así expresará una vez más la ley de su existencia, que no es regir, gobernar, liderar, sino servir sufriendo, ayudar indirectamente. Aquéllos que no han hecho el salto interpretarán el sufrimiento del irreconocible como su derrota, mientras que aquéllos que lo han hecho tendrán la vaga idea de que se trata de su victoria. Pero no tendrán la certeza, porque la certeza sólo se las podrá dar él mismo; y bastaría con que él comunique eso a una sola persona, para que ésa sea su derrota, pues sería infiel hacia la Divinidad actuando como si tuviese autoridad: pues no habría aprendido obedientemente de la Divinidad a amar infinitamente a las personas obligándose a dejar de gobernarlos, incluso si ellos lo pidiesen.

Pero debo terminar con esto. Desde luego esto sólo puede interesar como una bufonada. Porque es tan cierto que cada hombre debe trabajar para su propia salvación, que profetizar sobre el futuro del mundo a lo sumo es soportable y aceptable como un medio de recreación, una broma, o algo divertido como un juego de bolos.

* * *

Mi pensamiento, que en ningún instante se ha alejado de la novela, se vuelve agradecido a ella. La crítica entregada es lo que de ella he aprendido. De modo que si en lo que entrego ha habido algo inmaduro, falso, necio, entonces ello es obra mía. Por lo tanto, cada uno que encuentre algo falso, atribúyamelo; pero todo el que encuentre algo verdadero en lo expuesto, ve su propia visión de mundo fortalecida o confirmada en ello, dirígase al maestro –el autor de la novela.

Ni en la crítica ni en la novela se ha pretendido juzgar o evaluar las épocas: sólo describirlas. El prólogo de la novela nos recuerda expresamente que ambas pueden estar igualmente justificadas y la novela misma termina con una esperanza sobre la época presente expresada por la misma época presente. Ésta, como ya se ha dicho, es en promedio más sensata, sabe más y está más desarrollada en la reflexión que la época de la revolución; y cuando venga el tiempo de la fuerza, obrará más intensamente sobre lo que extensivamente está a su disposición. Porque en lo extensivo la época presente lleva la ventaja, pero no en intensidad. Por eso en la época presente acontece lo mismo que en la novela: que los hombres excelentes que tenemos perte-

necen a una generación mayor[46], mientras que entre los hombres jóvenes se ve más capacidad, pero a nadie sobresaliente. Cuando la fuerza y el entusiasmo se fortalezcan en los individuos quizás también se muestre que la época presente ha sido obstáculo para sí misma. Tal como una mujer con exceso de maquillaje no logra verse atractiva, porque eso requiere una proporción de buen gusto: así parece que la época presente se ha ataviado demasiado con la diversidad de la reflexión como para dar lugar a un balance armónico. Pero siempre debe recordarse que la reflexión no es en sí misma algo pernicioso, sino que por el contrario, el trabajar en ella es el prerequisito para una acción más intensa. La situación de la acción entusiasta es la siguiente: primero viene el entusiasmo inmediato, luego viene el tiempo de la sensatez, el que, puesto que el entusiasmo inmediato no calcula nada, a través de la inventiva del cálculo parece ser algo superior; y así llega finalmente el más intenso y elevado entusiasmo que viene después de la sensatez y, que por tanto sabe qué es lo más sensato; pero evita hacerlo y así gana en intensidad mediante el entusiasmo infinito. Este intensísimo entusiasmo en un comienzo será mal comprendido y la pregunta es si alguna vez podrá llegar a ser

[46] Quizás se me permita en una nota al pie referirme a una más temprana expresión respecto a la generación mayor: "se caracteriza aún por un inconfundible número de relevantes y eminentes individualidades" *Cfr.* "Af en endnu Levendes Papirer". [la cita corresponde a "De los Papeles de Alguien que aún Vive", la primera obra de Kierkegaard, en la que también comenta la obra "Una Historia de la Vida Diaria" de Fru Gyllembourg. (N. del T.)]

popular; es decir, si acaso la sensatez no llegará a ser dominante hasta tal punto en el promedio de las personas, que a sus ojos pierda el poder de la seducción, de modo que no sólo la dominen, sino que además la puedan malgastar en el más elevado entusiasmo, satisfechos con la complacencia del infinito entusiasmo; porque es precisamente por ser enemiga de ese tipo de sensatez que ese tipo de acción entusiasta nunca será evidente. De este modo, Sócrates no era un hombre de entusiasmo inmediato; por el contrario, era suficientemente sensato como para ver qué es lo que debía hacer para verse absuelto. Pero despreció el actuar de ese modo, tal como despreció el discurso que se le ofreció. Por eso su muerte heroica no tiene nada de evidente, sino que incluso en la muerte continúa con su ironía al poner la siguiente pregunta para todos los ingeniosos: si acaso poseía realmente tal sensatez, dado que hizo lo contrario. Es en este punto que la sensatez queda atrapada ante el juicio de la reflexión propia y la de los circundantes: teme que actuar contra la sensatez sea confundido con actuar sin sensatez. El entusiasmo inmediato no conoce este peligro, por eso requiere del entusiasmo más elevado y su *impetus*[47] para abrirse paso. Y este entusiasmo más elevado no es una retórica sobre alcanzar algo más elevado, más elevado y aún más elevado, sino que es reconocible por su categoría: actuar contra el entendimiento. Pero una benignidad inmediata no conoce el siguiente peligro

[47] Movimiento hacia adelante, embestida. En latín en el original. (N. del T.)

de la reflexión: que la benignidad sea confundida con debilidad. Por eso, después de la reflexión, se requiere un *impetus* religioso para sacar a flote la benignidad.

La primera vez que leí la novela opiné que quizás habría sido más acertado de parte del autor colocarle otro título, más en el espíritu de *Una Historia de la Vida Diaria*, ya que no pude ver la época nítidamente reflejada en la obra. Más tarde me he convencido de lo contrario, y he tenido la rica e inestimable oportunidad de admirar la ingenuidad del autor. Por esto mi posición no ha podido ser la del apurado crítico que tras haber hojeado el libro, en un momento de benignidad, busca llamar la atención de otros sobre éste. Por el contrario, lo he releído en numerosas ocasiones y deseo que el loable desconocido autor reciba esta quizás desproporcionada recensión como una señal de mi agradecimiento por el placer que me ha procurado la lectura y por el placer que me procurara otra lectura tiempo atrás. Al menos para mí, y realmente creo que es así para todo el que haya aprendido a ver la existencia humanamente, los veinte años de carrera del autor no son algo que molesta o que ocultamente incita a los curiosos que impacientemente esperan cada vez algo nuevo, sino que son algo que aumenta el gozo. Como bien se sabe, en veinte años se duplica el capital, ¿no debiera ser igualmente rentable el discernimiento humano? En ese caso debería haberse doblado el discernimiento del autor de *Una Historia de la Vida Diaria* y debería doblarse nuestro gozo. Y así ocurre también con el discernimiento de cada hombre, siempre que no se confunda inhumanamente a sí mismo con algo abstracto, con los tiempos, con nuestra época, etc., sino que comprenda por sí mismo lo que es ser una persona, descubra

que el gozo por lo excepcional aumenta por cada año que permanece y así descubra lo edificante de vivir una vida apreciando a los mayores.

Llevar la atención de alguien hacia la novela no es asunto mío. En mi opinión sería impropiamente presuntuoso. Si en cambio alguien me preguntara por un consejo, le aconsejaría leerla; y si la ha leído, que la lea otra vez.

SERIE FILOSOFÍA

Las categorías, Aristóteles.
Traducción, introducción, comentarios y notas de
Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch.

De Veritate, Santo Tomás de Aquino.
Traducción, prefacio y notas de
Humberto Giannini y Óscar Velásquez.

Meditaciones metafísicas, René Descartes.
Selección, glosas y notas de
Juan de Dios Vial Larraín.

Tratado político, Baruch Spinoza.
Introducción, traducción, notas,
Index Latinus Translationis y bibliografía de
Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch.

Ser y tiempo, Martin Heidegger.
Traducción, prólogo y notas de
Jorge Eduardo Rivera.

EDITORIAL UNIVERSITARIA

La época presente

Søren Kierkegaard

Habiendo concluido sus obras filosóficas y estéticas más importantes, y antes de dar paso a su fase exclusivamente religiosa, Kierkegaard nos entrega en el año 1846 un breve texto de crítica cultural. *La época presente* es, de todo lo que encontramos en la obra del gran escritor danés, lo más cercano a una pieza política. Una aguda crítica a la naciente masificación de la sociedad, al rol jugado en ella por la prensa, y a la tibieza de sus contemporáneos que, en una "revolución desapasionada", observan tranquilamente la descomposición del orden tradicional europeo. Tras el disfraz de una mera obra de crítica literaria, encontramos uno de los textos *kierkegaardianos* más significativos de su crítica a la modernidad. Acaso éstas puedan ser consideradas sus últimas palabras de filósofo, dando luego paso en forma plena al escritor religioso.

9 789561 115835